

Juntos

Cristina Guzmán Muñoz

Multiverso 

Juntos

Cristina Guzmán Muñoz

Multiverso
EDITORIAL



Juntos

© Cristina Guzmán Muñoz

© Multiverso Editorial, 2018

© Grupo Editorial Omniverso, 2018

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1727289473

Depósito legal: CA-314 2018

Printed in Spain

Primera edición: septiembre, 2018

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

La vida está llena de sorpresas, algunas buenas y otras malas, pero tenemos que confiar en que como solo tenemos una vida debemos vivirla como queramos, y si además conocemos a gente que nos guía y nos cuida, pues mejor.

Y si el amor llega, no tener miedo porque sería injusto para los dos perder la oportunidad de amar.

Juntos

Hoy es nuestro último día de clase. Estoy arreglando algunos papeles que me faltan, el año que viene empiezo la universidad y dejaré atrás estos años en el instituto.

Como hay mucha gente, me paso toda la mañana de un lado a otro y no me da tiempo a recoger mis cosas, así que lo dejo para esta tarde para hacerlo más tranquila.

Después de comer le digo a mi madre que estaré en el instituto y que no tardaré mucho. Ella me dice que tenga cuidado, que han dicho que se aproxima una tormenta. Me cojo el paraguas y mi mochila. Salgo a buscar mi bicicleta: por ahora el día está despejado y hace calor.

Atravieso el pueblo saludando a casi todos los vecinos y cuando llego al instituto está mucho más calmado que esta mañana. Cuando dejo la bicicleta, miro hacia arriba y veo que de repente se han puesto nubes y huele a lluvia. Tenía razón mi madre: va a caer una buena.

Cuando me dirijo a la puerta e intento abrirla no lo consigo. Entonces llamo al timbre. Nada. Llamo otra vez y esta vez sí abre. Empujo la puerta, entro y todo está en silencio y oscuro. Voy hasta mi taquilla, recojo todas mis cosas y lleno la mochila enseguida con libros, cuadernos, lapiceros, fotos con mis amigos y alguna ropa por si hubiera algún accidente. Veo un libro de la biblioteca que tenía que haber entregado, lo cojo y como ya está todo, miro mi taquilla vacía. Tantos años de recuerdos en una mochila... Me río de pensarlo. Cierro mi taquilla y me dirijo a la biblioteca.

Aún no he visto a nadie y me da miedo, así que acelero el paso. Cuando entro en la biblioteca veo en el mostrador todas las cámaras de seguridad encendidas. Ahí debe ser donde se vigila por la noche. Dejo el libro en el

mostrador y recorro la biblioteca tocando cada libro con los cuales pasé mucho tiempo y, la verdad, voy a echarlos de menos.

Me voy a mi lugar favorito, me siento en el suelo, me apoyo en la pared y cierro los ojos. Recuerdo cada momento que he pasado en este lugar: los buenos y los malos.

Me encanta el olor de los libros, el silencio de este lugar. De repente oigo a alguien suspirar, abro los ojos y veo a Paco, el chico más popular del instituto está vestido con una camiseta gris y un pantalón azul.

—¿Qué haces aquí, Libro? —Libro es mi mote del instituto, sé que él me lo puso.

—Hola, he venido a recoger unas cosas de mi taquilla y a entregar un libro, luego he querido despedirme de este lugar —no sé por qué le doy tantas explicaciones, siempre me pongo nerviosa delante de él.

—Pues vale, solo puedo dejarte un rato, estoy haciendo la ronda —me lo dice mirándome y me quedo pasmada. No sabía que él trabajaba aquí.

—Perdona, no sabía que trabajaras aquí —me levanto del suelo y le sigo porque él ha empezado a andar hasta la recepción, sonrío, me mira y se sienta en el mostrador.

—Poca gente lo sabe, es mi trabajo desde hace poco. Necesito pasta y aquí estoy —es escueto. Nunca hubiera pensado que alguien como él necesitara un trabajo, la verdad es que no sé nada de él. Solo sé que es un gran deportista, que todos le tienen mucho respeto y que nunca hemos tenido ninguna relación, solo en contadas ocasiones.

—Bueno, pues te dejo trabajar, me voy, que te vaya muy bien.

—Lo mismo digo —nos sonreímos y nos decimos adiós con la mano. Me dirijo a la salida y no me dice nada más, pero al llegar a la puerta veo que no puedo abrirla. Lo intento otra vez. Nada. Y de repente las luces se apagan y se oye un fuerte trueno. Yo me asusto, me voy corriendo a donde he dejado a

Paco, pero está tan oscuro que no veo nada. Voy tan deprisa que me choco con algo, de repente se enciende la luz de una linterna y veo que es Paco.

—Lo siento, me he asustado, no sabía qué hacer.

Nos quedamos cerca el uno del otro a la luz de la linterna. Me sonrío y me toca el hombro un momento.

—Tranquila, Libro, ha sido un rayo, se ha ido todo el sistema. Voy a ver si puedo hacer algo. Mira tu móvil, el mío no va —miro el mío y tampoco hay señal.

—No hay señal —me lo guardo en el bolso, le miro.

—Quédate aquí, vuelvo enseguida —me acerco a él y le cojo del brazo.

—Por favor, voy contigo, no quiero estar sola —yo creo que me ve la cara de miedo que tengo porque me sonrío y me aprieta la mano.

—Tranquila, no va a pasar nada, estoy aquí —no sé cómo, pero me tranquiliza, voy a su lado y me da otra linterna. Nos vamos a la sala de máquinas, no le suelto la mano en ningún momento y él tampoco intenta soltármela. Mira todo el circuito, no ve nada e intenta activar varios aparatos sin éxito. Me mira y se encoge de hombros. Volvemos a la biblioteca, vuelve a mirar el teléfono fijo y los ordenadores. Nada. No funcionan. Mientras, me acerco a la ventana y veo como llueve y llueve a mares con truenos y relámpagos.

—Pues me temo que nos quedaremos un buen rato, lo siento, no podemos salir —nos miramos. Veo que se ha acercado a mí.

—¿No podemos abrir las ventanas y saltar? —él se ríe.

—No, este sistema es eléctrico y se ha bloqueado. No podemos abrir las ventanas.

—¿Cuánto tiempo más o menos nos quedaremos encerrados?

—Pues supongo que una o dos horas —miro mi reloj y después nos quedamos mirando por la ventana. Al rato mi tripa cruje y los dos nos reímos.

¿Tienes hambre? —miro mi mochila a ver si tengo algo de comer.

—Pues sí, pero no tengo nada de comer, no creía que iba a tardar tanto.

—Ven, vamos a por algo de comer.

—Tampoco tengo dinero.

—Tranquila, esto queda entre tú y yo —me sonrío y me tiende la mano para que le siga. Nos acercamos a las máquinas de la sala de descanso y alcanza unas llaves del llavero. Abre la máquina. Le miro, él me mira y nos reímos.

—Sírvelte tú misma, señorita —me acerco y cojo una botella de zumo y una bolsa de patatas. Él coge lo mismo más dos botellas de agua, luego nos sentamos en el suelo, uno al lado del otro, y comemos tranquilamente sin hablar. Cuando terminamos le ofrezco una toallita húmeda y me lo agradece.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?, tenemos dos horas por delante sin hacer nada —él me mira y se ríe.

—¿Por qué te ríes, tú qué haces cuando estás aquí solo?

—Pues cuando he hecho mi ronda me divierto.

—¿A qué te dedicas?

—Pues no sé si enseñártelo, ¿sabes?, nunca hemos hablado, no sé... —se queda pensando y se ríe. Yo me quedo mirándole seria.

—Vamos, no se lo diré a nadie. Además, ya no nos veremos más.

—En eso llevas razón. Vale, ven —me lleva al pasillo central y saca de su bolsillo un aparato de música (un mp4). Lo conecta y empieza a sonar la música. Veo que se agacha y se quita las zapatillas. Me mira y dice:

—¿No tendrás unos calcetines en esa mochila? —miro dentro y le sonrío. Se los enseño; son de colores diferentes porque no son pareja y me gusta que sean así.

—Vamos, será divertido —le miro: está empezando a bailar y a patinar. Me quedo mirándole y me río. Me quito mis zapatillas y me pongo los calcetines y empiezo también a bailar y a deslizarme por el pasillo. Con mi falda no puedo

moverme mucho, pero me sujeto bien y me acerco a él. Nos ponemos a hacer el tonto patinando y bailando a la vez. Y así durante una y otra canción.

Después hacemos carreras y pasamos un buen rato hasta que estamos agotados. Ya no podemos más y terminamos en el suelo tumbados boca arriba, respirando muy deprisa y riéndonos.

—¿Ves?, sabía que te iba a gustar.

—Sí, hacía mucho que no me lo pasaba tan bien —nos miramos y nos reímos. Saco las botellas de agua y le paso una a él. Nos quedamos sentados en el suelo apoyados en la pared.

—Ven, vamos a refrescarnos —nos levantamos y nos dirigimos a los vestuarios. En los lavabos nos lavamos las manos y nos refrescamos. Luego vamos a por unas toallas para secarnos.

Después, cuando terminamos de refrescarnos, Paco me lleva a la cancha de baloncesto, y como hay poca luz, ponemos nuestras linternas de tal manera que vemos muy bien la cancha. Paco arrima una cesta de pelotas y me mira riéndose. Yo le he visto jugar muchas veces y es muy bueno. Empieza a tirar a canasta (es muy bueno). Me anima a que tire yo también. lo hago pero fallo y él se ríe. Sigue lanzando y sigue encestando, y yo tiro hasta que encesto alguna.

—Oye, que tú eres un profesional y yo no —se arrima a mí y me indica cómo hacerlo y lo vuelvo a intentar con sus consejos y, esta vez, acierto. Hacemos una competición y gana él, por supuesto. Después de una derrota aplastante nos sentamos en el suelo, uno enfrente del otro.

—¿Por qué nunca hemos hablado, Libro? —le miro y le sonrío.

—Pues porque somos de mundos diferentes, Paco.

—No sé, te veía y pensaba que estabas en tu mundo. Pero luego veía que tenías amigos y lo pasabas bien, y pensé que debía ser por mí, que no te caía bien. No sé qué pensar.

—Pues si te soy sincera, nunca he hablado contigo porque siempre me

llamabas Libro y pensaba que te caía mal, al igual que a tus amigos.

—Te equivocas, no nos caías mal, solo decíamos que eras diferente. Es lo que pensaban de ti.

—¿Y qué pensabas tú de mí?

—¿Sabes cuándo empecé a llamarte Libro?

—Pues si te soy sincera desde el colegio nunca me has llamado por mi nombre, que yo recuerde.

—Pues un día yo estaba en la biblioteca y te vi. Estabas rodeada de libros y eras tan feliz, se te veía en la cara y estabas tan guapa... Desde ese día te llamé Libro —me quedo pasmada. No sé qué pensar.

—Y luego, ¿por qué me incordiabas tanto?, siempre que me veías me quitabas el libro que estaba leyendo ¿Por qué? Aunque luego me lo devolvías, pero me hacías rabiar.

—Porque era la única manera que tenía de que te fijaras en mí y no en los libros. Luego asimilé que era imposible separarte de ellos, aunque solo fueran esos momentos me gustaba verte molesta. Luego te veía en la biblioteca y te miraba. Seguía viendo a esa niña pequeña. Mis amigos siempre se metían conmigo porque te incordiaba, pero les dije que yo sería el único y les prohibí que se metieran contigo. Entonces se metían conmigo —me quedo helada, no sé qué más decir. Nos quedamos mirándonos y de repente viene la luz en el momento justo.

Se levanta y me ayuda a levantarme. Nos quedamos mirándonos sin decir nada. En ese momento nuestros teléfonos empiezan a sonar y, mientras contestamos, volvemos a la biblioteca y vemos que la luz y los ordenadores vuelven a funcionar. Nos miramos y nos sonreímos mientras seguimos hablando por teléfono. Después de un rato descolgamos y nos miramos.

—Mi madre viene a recogerme, será mejor que la espere fuera.

—Sí, te acompaño fuera —vamos hasta la puerta, la empujo, miro al cielo

y veo que está despejado. Me vuelvo a mirar a Paco.

—Gracias, lo he pasado muy bien. Nos vemos, Paco.

—Yo también lo he pasado muy bien... Emma.

—Me gusta que me llames Emma, buen verano y espero que te vaya bien todo.

—Lo mismo digo, espero que te vaya bien todo.

Me acerco al coche de mi madre y guardo la bici en el maletero. Paco ya no está, y me subo al coche. He pasado las horas más bonitas de mi vida con un chico que creía que me odiaba y resulta que no.

—Emma, ¿estás bien?

—Sí, mamá, solo quiero llegar a casa.

—¿Ese no era Paco, el hijo de los dueños del restaurante del lago?

—Sí, me ha ayudado, ya sabes como me pongo con la oscuridad y las tormentas.

—Ya lo sé, me alegra que no estuvieras sola.

Llegamos a casa enseguida y mientras me cambiaba mi madre hizo la cena. Hoy le tocaba turno de noche en el hospital y era su último día antes de las vacaciones. Nos vamos a casa de los abuelos, a las montañas. A la vuelta empezará mi vida en otro sitio. Había alquilado una habitación en el barrio de la universidad y mi empleo en la biblioteca me ayudaría con los gastos. Estaba a tres horas y mi madre no quería que pasara tanto tiempo en el trayecto, y también sería un gasto innecesario.

Los meses han pasado volando. Ha sido muy bueno pasarlo con la familia y he podido pensar en muchas cosas. Mi abuelo me ha dicho que si supero todo me regalará un viaje a donde yo quiera, y le he dicho que a Londres, sin pensármelo.

Siempre he querido ir y como fin de mi etapa de estudiante me parece buena idea. Y así poder visitar las bibliotecas y librerías más antiguas y

bonitas.

Cuando hemos llegado a casa apenas he tenido tiempo para nada. He hecho la maleta para irme a mi nuevo hogar. De momento, solo llevaré lo más necesario. Luego llevaré lo demás. El tren sale en tres horas, y como mi madre ha tenido que hacer doble turno, he decidido dar un paseo por mi pueblo y dejarla descansar.

Voy a mis tiendas favoritas, me despido de mis vecinos y termino en el lago donde se está poniendo el sol. Siempre me ha gustado estas vistas, las veía con mi padre, pero desde que falleció no es lo mismo. Aunque han pasado muchos años, sigue doliendo igual y mi cicatriz en la cadera lo demuestra. El accidente nos cambió para siempre. Mi padre, un hombre que siempre tenía una sonrisa en la cara y tenía tanto por vivir me salvó a mí. Gracias a él estoy aquí y quiero agradecerse lo cumpliendo su sueño, ser la mejor editora y vivir cada día al máximo.

Llevo conmigo su anillo. Mi madre me lo dio. Es como un amuleto y siempre que estoy nerviosa lo acaricio y pienso en él. Me ayuda a superarlo.

Cuando ya llego a casa y estoy preparando la cena, veo lo mucho que voy a echar de menos esto. Le he dicho a mi madre que vendré siempre que pueda y los fines de semana, ya que hay días que solo tengo una clase, y el horario de la biblioteca es por las mañanas y solo tengo dos turnos por la tarde.

Hemos cenado tranquilas y al despedirnos mi madre me ha dado su mejor regalo, una foto de los tres en la universidad donde trabajó mi padre y a la que ahora iré yo. Estamos sonriendo. Ese día me enseñó todo sobre la universidad: sus escondites y su historia.

Cuando subo al tren aprieto con fuerza el anillo que llevo colgado del cuello y miro la foto y espero que esté orgulloso.

Las tres horas de trayecto pasan volando porque me he traído un libro para leer y casi lo he terminado. Al bajar busco un taxi que me lleve al

apartamento, me han dicho que estaría. Cuando Vivian, la que se encarga de todo, llama al timbre y la veo, me quedo pasmada. Es guapísima; rubia, alta, delgada... Parece una modelo.

—Hola, Vivian.

—Hola, debes de ser Emma, ¿verdad?

—Sí, encantada.

—Bueno, eres la última en llegar, así que tienes el cuarto del final.

—Vale, no importa.

—Bueno, aquí tienes. El salón, la cocina y el aseo son enormes. Después tenemos seis habitaciones y dos baños más. Cada mes se hace la compra general, pero si quieres algo específico te lo pagas tú. Las limpiezas son por semanas y van rotando, al igual que ir a la compra.

—Me dijeron que para la compra se ponían diez euros y que la luz y el agua estaban incluidos.

—Sí, luego tenemos algunas normas, pero ya te las contaremos. Aquí vivimos ocho personas.

—¡Cuánta gente!

—Sí, pero nos apañamos muy bien, no hay problemas.

—Bueno, pues gracias.

—Si necesitas algo llamas a cualquiera. Toma, apunta tu teléfono en esta agenda y apúntate los teléfonos en la tuya, siempre suele haber alguien en casa, pero por si no lo hay y necesitas algo siempre alguno está cerca.

—Muy bien.

—Te dejo que te acomodes, nos vemos.

Vivian se va y me quedo en mi habitación. Algunas cosas que mandé ya han llegado y están en un lado apiladas. La habitación es grande; tiene una cama, su mesita de noche, su armario, el escritorio y un ventanal enorme. Para ser la última en llegar es de lo más bonita. Coloco todas mis cosas, y cuando he

terminado, me pongo a leer un rato y mando a mi madre un mensaje diciendo que estoy bien. Estoy en mi habitación leyendo las normas de la casa, oigo la puerta y veo a dos niñas pasar.

—Hola —me dicen las dos pequeñas—, debes de ser Emma —me dice una de ellas.

—Sí, soy Emma —me acerco a ellas y les doy la mano.

—Yo soy Claudia.

—Y yo soy Nery.

—Pues encantada de conoceros —en ese momento aparecen cuatro personas llenas de cosas y les ayudo.

—Dejad que os ayude —cojo lo que puedo.

—Hola —me dicen todos a la vez y se van presentando conforme van dejando las cosas. Solo conozco a una persona.

Por un lado están Rubén y Vivian que tienen a Claudia, y por otro están Mateo y Carla que tienen a Nery. Me cuentan un poco su historia y por lo visto les pasó lo mismo: un accidente. Pero están la mar de contentos, aunque un poco estresados.

Les ayudo a colocar la compra y veo que todos son muy buena gente, amables y simpáticos. Han hecho la compra de un mes. Siempre lo hacen a lo grande cuando les toca. Terminamos enseguida y les cuento de dónde vengo y qué estudio. Por lo visto todos se conocen desde hace años y estudian empresariales, menos Vivian, que estudia medicina.

Las niñas son un encanto, en su habitación de juegos tienen de todo y sobre todo me gusta su biblioteca. Por lo visto llegaron a un acuerdo con la señora Duncan y ese cuarto fue para ellas.

Cuando ya nos vamos a poner a cenar solo me falta por conocer a una persona, y la verdad aquí sentada y hablando de todo se está muy bien.

Cenamos como una gran familia, y por lo visto intentan cenar y desayunar

todos juntos, y una vez al mes salen a comer todos. Me pareció fantástico que gente tan diferente se llevara tan bien. Todos recogemos, las niñas se acostaron y todos los demás se quedaron viendo la tele. Algunos se fueron a su habitación, yo me acosté en mi cama y el sueño me venció.

Me desperté al oír ruido en el comedor. Eran las niñas que hablaban con alguien que estaba viendo los dibujos con ellas. No le vi la cara, solo veía cómo estaban poniendo el sofá de cereales. Se reían. Me preparé otro tazón, me senté en el taburete de la isla y vi los dibujos.

—Buenos días, ¿no te habremos despertado?, ¿verdad? —dijo Claudia.

—No, tranquila.

—Es que los sábados hay desayuno con dibujos en el sofá.

—Me parece muy bien, me apunto entonces —las dos niñas me miran y sonríen.

—Me parece que no nos han presentado. Soy Emma —al girarse no puedo creer que él esté aquí en esta casa.

—Pero bueno, ¡qué pequeño es este mundo! —dice Paco levantándose, y al hacerlo veo que tiene coleteros en el pelo y una diadema de goma, y no puedo evitar reírme.

—¿Por qué te ríes? —las niñas se ríen y salen corriendo a su habitación. Paco, al verse en el espejo, sale corriendo detrás de ellas y oigo risas de fondo. Al rato, las niñas vuelven corriendo y se ponen detrás de mí y me piden ayuda. Veo que Paco viene a por ellas con esa sonrisa suya y no puedo evitar ayudarlas. Termina con ellas en su habitación con la puerta cerrada.

—¿De qué conoces a Paco? —me dicen las niñas.

—Pues nos conocemos desde que somos pequeños.

—Ala, qué bien. ¿Y era así de guapo? —nos reímos.

—Sí, así de guapo era desde niño —se quedan mirándome y se ríen.

—Pues podrías ayudarnos. Él siempre nos gana. Tú podrías ser de nuestro

equipo.

—Contad conmigo.

Empiezan a saltar y a gritar, y al salir las veo encima de Paco diciéndoles que estoy con ellas. Él se alegra, se queda viendo los dibujos y yo me quedo con ellos. Veo que Paco tiene una en cada lado sin poder moverse. Me mira, sonrío y veo que se ha quitado los coleteros y la diadema.

No podíamos hablar porque las niñas querían ver los dibujos y solo hablaban de ellos, y por lo visto, Paco sabía mucho de ellos.

Suena mi móvil y veo que es mi madre. Me disculpo y voy a mi habitación.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Te has adaptado bien?

—Sí, ya me he instalado y he conocido a todos mis compañeros de piso. ¿Sabes quién es uno de ellos? Paco. ¿Tú sabías algo?

—Su madre me dijo que iría a la misma universidad, pero como es tan grande no pensé que te encontrarías con él. ¡Qué casualidad! Además, creo recordar que me dijo que él no se quedaría, que se iría a casa a dormir, como él tiene coche llegaría en una hora.

—Pues está bien instalado y mira, hoy es sábado y está aquí.

—Bueno, hija, tendrán sus cosas.

—¿Sabes?, esto es enorme, te encantaría.

—Pues envíame fotos.

—Sí, lo haré.

—¿Cuándo empiezas en la biblioteca y las clases?

—Pues el lunes en la biblioteca, el jueves las clases y dentro de un mes el horario completo.

—Bueno, pues ya me contarás.

—Sí, el próximo viernes voy. Acuérdate.

—He cambiado el horario para que estemos juntas.

—Pues ya nos llamamos, te quiero.

—Yo también.

Dejo el móvil en mi habitación cargándose. Salgo y me visto. Después vuelvo al comedor y veo que las niñas están vestidas y que han recogido todo. Oigo a alguien que se está duchando. Será Paco.

—Bueno, niñas, ¿vuestros padres están trabajando?

—Sí, suelen trabajar los sábados y Paco nos cuida hasta que vuelven — dice Claudia.

—¿Y hasta qué hora están fuera todos?

—Pero Paco siempre se queda. ¿Y tú qué vas hacer? —dice Nery.

—Pues estaré un fin de semana sí y otro no.

—Qué bien, así podremos hacer más juegos, si tú quieres —dice Claudia.

—Es que hubo una chica que no quería ni vernos, pero Paco la puso en su sitio.

—Pues conmigo no hay problema —les guiño el ojo y me pongo a peinarlas.

Al rato sale Paco del baño y ve que las niñas están listas. Me habían contado que iban a pasar la mañana fuera.

—Hola, veo que estáis listas, Emma, ¿te vas a venir?

—Porfi, di que sí —las dos niñas me miran y veo que Paco también me mira y sonrío mientras asiente.

—Claro, ¿por qué no? Así me enseñáis este lugar.

—Pues nos vamos. Coged cada una su mochila y vámonos —las niñas empiezan a salir.

—¿Y las mochilas para qué?

—He comprobado que mejor ir preparado, porque te puedes gastar una pasta.

—¿En qué? —le miro y se ríe.

—En toallitas, comida, bebida, ropa limpia y su peluche favorito.

—Ya veo.

Nos reímos y empezamos a caminar. Las niñas van delante hablando y riéndose, y nosotros detrás.

—Bueno, cuéntame, ¿qué haces tú aquí?

—¿Pues qué voy hacer? Estudiar y empezar mi futuro, lo mismo que tú — nos reímos.

—Creía que estarías a kilómetros de distancia con tus amigas.

—Qué va, yo era la oveja negra, quería otra cosa. Y yo creía que te quedarías en tu equipo.

—Qué va, mi padre me mataría, quiero formarme bien, para el negocio familiar.

—Pues me alegro, porque eran mala influencia —me mira y se ríe.

—No, de verdad quiero centrarme y quería cambiar de aires.

—Veo que llevas aquí tiempo.

—No, qué va, un mes. Cuando terminé el contrato de conserje encontré otro aquí y decidí quedarme ya.

—¿En qué trabajas?

—Estoy en el turno de noche en un bar no muy lejos de aquí, ya te llevaré. Está muy bien.

—Me alegro que encontraras algo tan pronto y poder compaginarlo.

—Sí, de momento ya veremos si aguanto. ¿Y tú qué?

—Pues tengo trabajo en la biblioteca. Y las clases también. Creo que podré con ello.

—¡Vaya dos! Y hoy de niños —nos reímos.

—¿Y cómo has acabado así?

—Pues porque conocía a Rubén y a Mateo desde siempre y como sabían que buscaba casa me dijeron que estaba genial el alquiler y, bueno, necesitaban ayuda los fines de semana. Y las niñas me adoran y no me dan

guerra. Casi soy yo más niño.

—En eso llevas razón, las niñas te adoran, creo que están enamoradas de ti.

—¿Qué le voy hacer? —nos reímos.

Vemos que las niñas se acercan, nos cogen de las manos y nos llevan a un parque, y mientras ellas juegan nosotros nos sentamos en un banco.

—¿Sabes?, quería pedirte tu número, pero como estaba tu madre me daba palo.

—¿Para qué? Si sabías que me iba.

—Pues quería saber de ti, pero el destino ha querido unirnos.

—¡JA! Ya, muy gracioso.

—No, en serio. Me lo pasé muy bien contigo. Y la verdad me gusta hablar contigo.

—Sí, yo también lo pase muy bien y me ayudaste con mi miedo a las tormentas.

—Me alegro. Quiero que sepas que estoy aquí si quieres hablar.

—Gracias, Paco. Yo también estoy aquí si quieres hablar o si quieres pasear. Siempre he pensado que como eras tan popular nunca llegaría a entablar conversación contigo, y que no tendríamos nada en común, pero me equivocaba siempre, te veía rodeado de mucha gente y me dabas un poco de envidia porque me parecías buena gente. Menos cuando me quitabas los libros.

—Entonces sí que miras más allá de tus libros.

—Pues claro, pero como te pongas pesado saco mi libro —cojo mi bolso y le enseño el libro. Coge el libro y se ríe.

—Es romántico, ¿a que sí? —se lo quito y lo guardo en el bolso.

—Sí —le miro seria y se ríe.

—¿Sabes?, esta zona es muy bonita. Ven, vamos a enseñártela. Niñas, vamos —vienen corriendo y son ellas las que me explican todo.

Vamos a una cafetería para almorzar y las niñas llaman a sus padres desde el teléfono de Paco.

—¿Sabes?, le caes muy bien a las niñas. No suelen invitar a nadie para nuestras salidas.

—Gracias, me han contado que tuvieron una compañera de piso un poco borde y tú la echaste.

—Sí, siempre estaba regañándolas, e incluso a Claudia casi le pega. Gracias a que estaba yo. Era una guarra.

—Pobre, lo habrán pasado mal.

—Sí, no muchos estudiantes de nuestra edad quieren niños cerca, pero la señora Duncan sabe elegir.

—Bueno, yo no sabía quién iba a estar. Conocemos a la señora Duncan desde hace años, es ella quien sabía que no me molestaban las niñas.

—Son muy buenas, pero son niñas, ya sabes.

Nos quedamos mirándolas. Siguen hablando con sus padres, pero al vernos sonrían y vienen corriendo.

—Nuestros padres dicen que hoy vendrán pronto y vamos a ver a los abuelos —dicen las dos niñas a la vez.

—Pues dadles recuerdos de mi parte, ya sabéis que nos contamos todo — las mira fijamente y sonrían los tres.

Después de terminar nos vamos andando despacio y me llevan por la parte comercial, la verdad es que hay muchas tiendas y todas son muy originales. Al final de la calle, Paco se para y las niñas también. Me miran y sonrían.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis?

—Quería enseñártela. Sé que te gustará, a las niñas les encanta venir.

Las niñas me cogen de las manos y me guían hasta una librería. Es preciosa por fuera y parece que hay mucha gente. Hay un cartel que pone que hoy hay cuentacuentos, y al pasar vemos que hay un espacio donde los niños están

sentados escuchando a alguien que va a empezar un cuento. Los niños están nerviosos, y Claudia y Nery también. Nos sentamos lo más cerca que podemos, una se sienta conmigo y la otra con Paco, y así pasamos el resto de la mañana, escuchando cuentos. Después hay alguien pintando a los niños y disfrazándolos. Paco hace muchas fotos a las niñas para sus padres.

Ya es casi la hora de comer cuando nos dirigimos a casa, y al llegar sus padres están sentados en el parque, esperándonos.

—¡Pero bueno!, ¿y estas dos princesas? —dice Carla

—Ya sabes, la librería y los cuentacuentos —dice Paco.

Las niñas les cuentan todo a sus madres. Los chicos se han retirado a un bar que hay cerca y nosotras estamos en el parque.

—Gracias por estar con ellas y ayudar a Paco —dice Carla y Vivian.

—Me han enseñado muchas cosas, lo he pasado muy bien.

—Paco es un sol al quedarse con ellas, las niñas le adoran.

—Sí, ya lo he visto, es muy bueno.

—¿Os conocíais? —dice Carla.

—Sí, del colegio y del instituto, pero solo de vista, y ahora estamos aquí.

—¡Qué casualidad! —dice Vivian. Nos reímos y miramos a los chicos, que vienen riéndose.

—Bueno, nos vamos ya —dice Rubén.

—Sí, niñas, nos vamos —dice Carla y Vivian a la vez.

—Pasadlo bien, nos vemos —dice Carla. Me da un beso y luego Vivian me dice lo mismo y me da otro beso.

Las niñas nos abrazan a Paco y a mí y se van con sus padres. Y cuando ya no las vemos nos miramos.

—¿Qué tenías pensado hacer hoy? —me dice Paco.

—Pues quería ordenar mis cosas y luego conocer más los alrededores. ¿Y tú?

—La verdad iba a hacer el vago, pero si quieres puedo enseñarte esto, hasta las nueve no entro a trabajar.

—Bueno, si quieres. Estaría bien.

Nos vamos a casa, y mientras yo ordeno algunas cosas, Paco está en su habitación, y cuando estoy lista, voy a su cuarto y veo que está sentado estudiando.

—Hola, ya estoy —se gira y me sonrío.

—Muy bien, estaba repasando unos apuntes —se levanta, coge una chaqueta y nos dirigimos al salón.

—Bueno, ¿dónde vas a llevarme?

—Pues te voy a llevar a donde tus libros no te llevan —me quedo mirándole, porque sabe que yo leo mucho y he estado en muchos lugares, pero me pone nerviosa que diga eso.

—Bueno, pues vamos —se ríe y nos vamos en su coche. Mientras conduce me explica todo cuanto vemos y, la verdad, es un sitio muy bonito. Llegamos a un parque y aparcamos. Me dice que coja la mochila, y él coge otra. Le miro extrañada.

—Ya sabes que estoy preparado por las niñas.

—Sí, me lo has dicho.

—Ven, te gustará —me coge de la mano y nos ponemos a andar hasta llegar a un lugar precioso y, la verdad, es que esto no sale en los libros.

Estamos rodeados de naturaleza y el lago es precioso y muy grande. Vamos andando por un sendero hasta llegar a un puente de madera. No puedo remediarlo y saco mi móvil para sacar una foto.

—Pero Paco, esto es precioso, de verdad.

—¿A que sí? Sabía que te gustaría, es un parque natural. El año pasado reformaron los puentes, los merenderos y los miradores.

Me lleva por todo el camino hasta llegar a la orilla del lago. Hay mucha

gente, pero eso no cambia el paisaje, que es precioso.

—Tenías razón. Es muy diferente a los libros.

—Te lo he dicho —me guiña un ojo y se ríe.

Mientras recorremos el parque me cuenta las leyendas del lugar y cómo llegaron a conservarlo tan bien. Llegamos a un mirador y nos sentamos en un banco.

—Paco, ¿cómo que conoces esto? Creía que llevabas un mes aquí.

—Sí, pero con Rubén y Mateo corro por aquí algunas mañanas. Ellos me lo enseñaron.

—Pues debe ser bonito ver amanecer aquí.

—Sí, es muy bonito, si quieres podemos venir un día —asiento y nos quedamos mirando el paisaje.

—¿Tienes hambre?

—Sí, un poco —le miro y veo que mira en la mochila y saca agua, refrescos y luego dos bocadillos. Me da a elegir y comemos con un precioso paisaje alrededor.

Cuando terminamos de comer, caminamos y llegamos a un lugar donde la gente está tumbada en el suelo y nosotros hacemos lo mismo. En la mochila hay una mantita. Nos tumbamos. Yo saco mi libro y Paco cierra los ojos.

Al rato me puede el sueño y me tumbo a su lado, y la verdad, se está muy bien. Se oyen a los niños, los pájaros, el agua... Todo es tan relajado.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero al despertar veo que estoy arropada con la chaqueta de Paco. Él está de pie hablando por teléfono y se le ve alterado.

Empiezo a recoger las cosas, y como Paco se está alterando más, voy con las dos mochilas al mirador y me apoyo en la barandilla a ver el paisaje.

Al cabo de un rato veo que viene con aspecto serio, pero al verme sonrío.

—¿Estás bien? —le digo. Coge una de las mochilas y le paso su chaqueta.

—Sí, ¿tienes frío? —niego con la cabeza—. Era mi madre, quiere que vaya a cenar a casa. No entiende que tengo que trabajar.

—¿Y qué más te ha dicho? —nos sentamos en un banco.

—Que vaya a casa; ese es el problema, me controla demasiado y cuando no le contesto, peor.

—¿Pero le has contado tu situación: tus problemas?

—No puedo hablar con ella, ella no dice, ella ordena.

—Lo siento mucho, no sé qué decir. Mi madre sí me llama a menudo y quiere saber qué hago y dónde estoy, pero no me exige como la tuya.

—Pues qué envidia, estoy deseando trabajar con mi padre e irme fuera. Te lo digo de verdad.

Se lleva las manos a la cabeza y veo que suspira. No conozco a su madre, pero mi madre me contó que es muy estricta y le gusta mucho alardear.

—¿Sabes?, no quiero estropearte el día, así que disfrutemos.

—¿De verdad?, ¿quieres seguir? —me mira, parece una súplica y no puedo negarme.

—Vale, pero con una condición.

—¿Cuál? —me mira, tiendo la mano y me la mira.

—Dame tu móvil. Y si tu madre llama no lo cojas, porque no quiero verte mal —me da su móvil y lo guardo con el mío.

Pasamos el resto de la tarde en ese parque tan grande. Me enseña un mercadillo donde compramos libros y lapiceros. Él se compra unas camisetas.

Después vamos a un tiovivo, nos montamos y nos hacemos fotos. Después nos vamos a pasear por el lago y terminamos tirando piedras al agua.

Hablamos de nuestras expectativas y me cuenta que su padre es el que más le apoya. Quiere que él lleve el negocio de la familia en el extranjero y él está encantado de alejarse de todo. Le digo que es triste. Yo en cambio quiero estar cerca de mi madre y sé que terminaré trabajando en alguna librería o en el

colegio. Él me mira.

—¿Pero de verdad quieres eso? No salir de nuestro pueblo.

—Sí, me encanta, yo no quiero viajar. No me llama la atención. Yo viajo en mis libros y quiero una vida sencilla. El único viaje que voy a hacer será a Londres.

—No creas, yo también quiero una vida sencilla, pero quiero viajar y conocer mundo.

—Qué diferentes somos... —nos quedamos callados y nos miramos.

—¿Tienes frío?, está anocheciendo.

—Sí, un poco —me tiende su cazadora y nos vamos al coche.

—Espera, una última cosa para terminar el día —me lleva a un lugar apartado y me dice que cierre los ojos.

—Confía en mi —me lleva de la mano—. Ábrelos.

Cuando los abro, veo un atardecer bonito y noto que me coge de la mano. Estamos así hasta que el sol se oculta.

Me giro para mirarle y le sonrío.

—Muchas gracias, he pasado un día muy bonito.

—¿Sabes?, ya me lo has dicho dos veces, al final voy a creer que te hago feliz.

—Hace mucho, pero el tiempo que estuvimos encerrados y este día, son los que más me he reído. Me hace olvidar algunas cosas. ¿Puedo abrazarte, Paco?

—Pues claro que sí, no hace falta preguntarlo —nos abrazamos y me sienta bien porque mis ojos se nublan y las lágrimas caen. Paco me recuerda en muchos aspectos a mi padre y eso me alegra porque recuerdo momentos muy bonitos vividos con él.

—Gracias, de verdad —nos separamos y nos miramos.

—Siempre que me necesites estoy aquí.

—Muchas gracias.

Nos cogemos de las manos y nos vamos al coche. Durante el trayecto ponemos música, la comentamos y recordamos nuestro día en el instituto atrapados y cómo sonaban estas canciones.

Al llegar a casa ya son casi las nueve y Paco se tiene que ir a trabajar. Se va a cambiar de ropa mientras yo preparo algo para cenar. Es lo único que puedo hacer por él.

—Gracias, hacia mucho que no cenaba un plato caliente —se ha puesto una camisa blanca, unos pantalones negros y lleva la corbata negra en la mano.

—Tú has hecho mucho por mí hoy. ¿Qué menos que una cena?

—Pues muchas gracias.

Cenamos y al rato tiene que irse a trabajar. Se prepara y, la verdad, está muy guapo con su uniforme. Sé que él es muy guapo, ¿para qué negarlo?, siempre lo ha sido. Pero como nunca lo he tenido tanto tiempo enfrente, y desde que estuvimos encerrados, me parece la persona más bella que he visto, y la verdad, es que es buena persona con los que le importan. Hoy me lo ha demostrado y creo que hay algo más que esconde y que espero que me cuente.

—Pasa buena noche, si necesitas algo, llámame. Te dejo el número del bar y el mío, por si no puedo cogerlo.

—Vale, lo mismo digo. Pasa buena noche.

Nos despedimos con la mano y me voy a mi habitación. Paso la noche mirando mis libros y me quedo dormida sin darme cuenta.

Me despiertan unas risas y sé quiénes son. Me levanto y veo que hay mucha gente despierta. Están las niñas con sus padres y veo a Paco que está recién duchado. Tiene el pelo mojado y está guapísimo «¿Pero qué me pasa? No dejo de decirlo».

—Buenos días a todos. ¡Qué madrugadores!

—Buenos días —me dicen las pequeñas, que vienen a darme un abrazo.

—Buenos días —me dicen todos los padres.

—Buenos días, ¿te hemos despertado? —me dice Paco acercándose a mí.«Madre mía, qué bien huele».

—No, de verdad, suelo despertarme pronto —Paco se sienta a mi lado, en la encimera, me sirve zumo y me pasa un bollo. Vemos como las niñas se sientan en el sillón a ver los dibujos y sus padres a su lado.

—Da gusto verles tan bien —digo bajito.

—Pues sí, pero te cansarás cuando estén empalagosos, ya me lo dirás cuando quieras salir de casa —nos reímos.

—¿Qué tal la noche?

—Bien, tranquila, de momento no hay mucho curro y aprovecho para estudiar.

—¿No te echas un rato?

—Sí, luego, cuando la casa esté calmada.

Al final terminamos todos viendo los dibujos hasta que desayunamos. Después, las niñas se van a jugar a su cuarto y los demás recogemos.

—¿Qué tal con los abuelos? —pregunto, en general.

—Pues bien, pero creen que estaríamos mejor con ellos —dice Carla.

—Ni loco voy a vivir con tus padres —dice Matías

—Ya lo sé cari, pero sabes que son muy cansinos —dice Carla, que besa a su chico.

—Mis padres en cambio están deseando que nos vayamos, pero mis suegros son adorables.

—Ya sabes que estarían encantados, nos ofrecieron la casa de invitados —dice Rubén.

—¿Eres rico? —pregunto, y todos se ríen.

—No soy rico, lo que pasa es que en el chalet hay una casita que la adaptaron para los invitados, y es como un apartamento —dice Rubén.

—¡Pues qué chulo! —digo yo.

Pasamos la mañana conociéndonos y, por lo visto, son muy simpáticos, como sus hijas, y puedo ver que tienen una relación muy buena todos ellos.

Cuando las niñas ya se aburren deciden ir al parque y me invitan, pero les digo que tengo que estudiar. Cuando se van recojo un poco mi habitación y veo a Paco, que me está mirando desde la puerta.

—Eh, ¿qué pasa? —le digo tirándole un cojín.

—Hoy salgo con unos amigos, ¿te quieres venir?

—Gracias, pero no, tenía pensado otra cosa —nos miramos y veo que se va a sentar en mi cama, y yo me siento a su lado.

—Son compañeros de clase y del trabajo.

—No, si eso otro día, de verdad —veo que mira mis libros y se ríe.

—En todos mis recuerdos estás con un libro.

—En los míos te recuerdo siempre con mucha gente y riéndote.

Nos reímos y nos miramos. No sé qué pensar. Siempre he tenido un poco de miedo, supongo que será miedo a estar cerca de él, pero no es miedo. Es algo que hace que esté nerviosa. Cuando estuvimos encerrados lo comprobé. Y ayer igual. Pero a la vez estoy muy a gusto... No sé qué pensar.

—Bueno, será mejor que me vaya —dice Paco levantándose y dejando el libro en la cama.

—Pasa un buen día.

—Lo mismo digo —nos sonreímos y él se va. Yo suspiro, llamo a mi madre y le pregunto por su día y qué va a hacer hoy. Pasamos un rato por teléfono y al colgar me duele la oreja.

Paso la mañana mirando los libros y viendo la televisión. Luego miro mi horario y también algunos mapas de la zona para poder salir a pasear.

Sobre la siete de la tarde llegan las pequeñas con sus padres y me cuentan que han estado en el parque del lago todo el día y lo han pasado muy bien. Sus madres le dan un baño y las preparan para dormir. Sus padres, mientras, ven el

fútbol, pero como son muy atentos me han preguntado primero y les he dicho que estaba leyendo.

Al rato ha venido Paco, al verme me ha guiñado un ojo, me ha sonreído y se ha puesto con ellos.

—¿Cómo van, chicos?

—Tranquilo, están defendiendo bien —le dice Rubén, cuando se sienta con ellos y le pasa una cerveza.

Mientras están todos allí sentados, veo que las niñas están en su sala de juegos y sus madres están con ellas hablando de sus cosas. Yo me retiro a mi habitación. Me he hecho un colacao y me estoy comiendo un bollo mientras veo una peli en el ordenador. Estoy en la cama tumbada viendo la película cuando siento a alguien entrar. Es Paco.

—Hola, ¿puedo?

—Claro, pasa —me siento y apoyo mi espalda en el cabecero y Paco se sienta a mi lado y mira la pantalla.

—¿Es una película de chicas?

—Sí, es una película romántica —nos miramos y él sonrío.

—¿Qué tal la tarde?

—Pues bien, tranquila. ¿Y tú?, ¿te has divertido?

—Sí, la verdad. Ya estamos todos y nos hemos contado las vacaciones.

—Pues me alegro, ¿cómo va el partido?

—Vamos ganando, pero ya está todo echado. Te quería pedir si querías dar un paseo, pero veo que ya estás con el pijama.

—Pues la verdad estoy cansada y quiero ver la película —veo que se levanta—. Pero si quieres quedarte a verla conmigo...

Se queda mirándome y me sonrojo. No puedo creer que haya dicho eso. Él sonrío y se vuelve a sentar a mi lado.

—Pero ya iré por la mitad.

—Te hago un resumen y ya está —le cuento de qué va la película y nos ponemos a verla. Es extraño estar tan juntos y pasar tiempo juntos, pero me encanta, para qué negarlo. Sigo estando nerviosa, pero cuando no está le extraño.

Pasamos el resto de la película en silencio, nos turnamos el ordenador y nos acomodamos el uno al otro para verla mejor.

Al terminar le miro y veo en su cara que le ha gustado. También porque nos hemos reído juntos.

—¿Te ha gustado? —nos sentamos y apago el ordenador.

—Sí, me ha gustado. Y no era solo romántica, también había humor y un poco de acción.

—Pues claro, ¿pero qué pensabas? Las románticas también tienen su miga —nos reímos.

—Gracias por invitarme.

—De nada —de repente suena su móvil, y en la pantalla leo «Blanca». Ha sido sin querer, pues estaba entre los dos y lo he visto.

—Perdona, tengo que contestar, buenas noches.

—Buenas noches.

Sé quién es Blanca. Era su novia del instituto o quizás sea todavía su novia. Siempre les veía cogidos de la mano y siempre estaban juntos. Era la pareja más popular.

Dejo de pensar y me preparo para dormir. Me voy al baño a lavarme los dientes y al salir me encuentro con Paco. Está sin camiseta, solo lleva el pantalón del pijama y mi corazón se acelera.

—He olvidado mi neceser —pasa por mi lado. Cómo huele...

—Tranquilo, ya he terminado, buenas noches.

—¿Estás bien? Te noto alterada.

—No, estoy bien.

Voy a mi habitación, cierro la puerta, caigo al suelo y me llevo las manos a la cara. Madre mía, como tenga que aguantar esto tres años...—me digo—. Tengo que dejar de pensar o me volveré loca. Tengo que hacerlo.

La noche pasa lenta. Me cuesta conciliar el sueño, pero al final consigo dormirme.

La primera mañana de clase es caótica. Sé que debo levantarme una hora antes para coger sitio en el baño. Somos tantos que no es suficiente. Veo a Paco sentado en la cocina desayunando, ya está vestido y duchado, y al verme sonrío y señala mi desayuno: me lo ha preparado. Yo también estoy lista, solo me falta desayunar. Me siento a su lado.

—Buenos días.

—Buenos días, vaya caos.

—Sí, tenía que habértelo dicho.

—Tranquilo, me he apañado bien. Mañana me levantaré antes.

—Sí, será lo mejor. ¿Quieres que te lleve?

—No, gracias. Quiero saber cuánto tardo y los horarios del autobús y el tren.

—¿No tienes coche?

—No tengo.

—Pues te vendría bien, por eso solo irás a casa un fin de semana sí y otro no.

—Sí, por eso. Perdona, tengo que irme, pasa buen día.

Sé que he sido borde, pero no quería hablar de ello, y menos hoy. Al cerrar la puerta le miro y le sonrío, y él me mira y me sonrío.

Tardo como veinte minutos en autobús y me deja bien cerca. Voy al edificio principal y me dirijo a la biblioteca. Allí pregunto por Lidia. La encargada me cuenta un poco cómo va todo y empiezo mi primer día de trabajo. Me adapto enseguida, más o menos es como la biblioteca del instituto, pero a lo grande.

Durante la mañana veo pasar a mucha gente simpática y la verdad, ayudo a todos.

Alrededor del mediodía veo aparecer a Paco con su sonrisa.

—Hola, ¿cómo te va?

—Pues muy bien, solo me tengo que adaptar al programa informático, por lo demás, bien.

—¿Y tú? ¿Qué tal el primer día?

—Bien, más o menos sabía dónde ir y qué profesores tenía, no hay sorpresas. Te he traído el almuerzo —me enseña una bolsa de papel y al mirar dentro veo un zumo, un bocadillo y una magdalena de chocolate.

—Muchas gracias, con las prisas se me olvidó, es un detalle.

—Pensé que tendrías hambre.

—Sí, la verdad. Y Paco, perdona por lo de esta mañana, no quería ser borde.

—Tranquila, ya me lo contarás.

—¿Tú ya estás almorzando?

—Sí, tengo una hora libre, ¿y tú?

—Me quedan cinco minutos.

—¿Quieres venir conmigo? Iba a ir al parque del campus, no está lejos, cinco minutos.

—Yo tengo media hora de descanso.

—Perfecto, te espero fuera.

—Vale.

Veo cómo se aleja y al darme la vuelta veo a Lidia cómo me mira y sonrío.

—¿Es tu novio?

—No, es un compañero de piso.

—Pues muy majo al traerte el almuerzo. Le he visto, siempre va con mucha gente y muchas chicas.

—Sí, ya lo sé.

—Ten cuidado, no quiero verte triste.

—Tranquila, eso no pasará.

Llega mi hora del almuerzo y al salir veo a Paco hablando con unas chicas. Al verme se despide de ellas y me saluda con las manos.

—Hola, ¿ya estás?

—Sí, ¿de verdad que no tienes planes?

—Sí, contigo. Vamos, está aquí mismo.

Me lleva a un parque precioso lleno de árboles y muchos bancos que están llenos de gente. Él me lleva a uno que está cerca de la cancha de baloncesto donde da la sombra.

—¡Qué lugar más bonito!, me gusta. Y sé por qué te gusta —me sonrío y nos sentamos a comer.

—Sí, a veces me da tiempo a jugar.

—Bueno, dime, ¿los profesores son duros?

—No, son muy comprensivos. Siempre hay alguno fuerte pero la mayoría están bien, ¿tú cuándo empezabas?

—El jueves tengo cinco clases y dos prácticas.

—No está mal.

—¿Y tú cómo las tienes?

—Pues yo tengo las cinco, tres más y solo una práctica.

—Vaya, ¡qué duro!, si puedo ayudarte a buscar los libros dímelo y así no pierdes tiempo.

—Gracias, me vendría bien.

—¿Sabes?, no tengo coche porque me da miedo desde el accidente.

—Gracias por contármelo —nos quedamos mirándonos y continuamos con el almuerzo.

Los treinta minutos pasan volando y Paco vuelve a acompañarme. Le dije

que no me acompañara, que disfrutara, pero insistió.

—Gracias por acompañarme y por la comida, estaba muy rico.

—No hay de qué —se interrumpe al sonar su móvil y otra vez veo «Blanca» en la pantalla —. Tengo que irme. Nos vemos, ¿vale?

Nos despedimos con la mano y vuelvo a mis libros. Mi turno termina a las dos, y cuando salgo veo a Paco con Blanca que sigue igual de guapa. Y está abrazándola. Dejo de mirar y voy a la parada del autobús. Tardo lo mismo, veinte minutos en llegar a casa, me cambio y me pongo cómoda y llamo a mi madre mientras me preparo la comida.

Ella está bien. Le cuento como ha ido mi primer día y le cuento cosas de mis compañeros de piso.

Cuando ya he colgado y terminando de comer entran en casa las niñas con Carla, que se la ve preocupada.

—Hola, Emma, ¿qué tal el primer día? —me dicen las niñas a la vez, y me dan un abrazo.

—Muy bien, ¿y vosotras?

Me relatan su aventura en el colegio, las dos, por lo visto, van a la misma clase y deben ser, una la líder y otra la tímida.

—Carla, ¿va todo bien? —la veo preocupada.

—No, la verdad, la chica que contratamos nos da plantón y no tengo a nadie. A Paco le queda una clase y no puede venir, y todas las niñeras están cogidas y yo empiezo en veinte minutos la clase práctica, y la guardería estaba llena.

—Bueno, tranquila, me quedo yo con ellas.

—¿De verdad, Emma? ¿No tienes nada?

—No, de verdad. Y si quieres me puedo quedar con ellas, menos los martes y jueves, hasta que encuentres a alguien.

—Eres la mejor, de verdad. Se lo voy a decir a todos para que estén

tranquilos. Las niñas ya han comido y ellas te dirán su merienda —termina de enviar el mensaje y me mira—. ¿De verdad que puedes? ¿ No tienes que estudiar?

—De verdad, vete tranquila.

—Sí, mamá, con Emma estaremos bien —se ríen y las dos niñas me miran.

Carla me abraza, abraza a las niñas y se va corriendo. Cuando sale por la puerta, las niñas se sientan a hacer los deberes y yo me pongo a repasar el manual de la biblioteca. La verdad es que se portan genial, me da tiempo a terminar el manual, ellas terminan los deberes y me dicen lo que meriendan y se ponen la televisión. Al rato llega Paco.

—Hola, ¿cómo estáis?

Las niñas van a su encuentro y le abrazan. Le cuentan que ya tienen los deberes hechos y que están merendando.

Él se une a nosotras en la merienda.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Bien, cansado del primer día y preocupado por las niñas. Al terminar la clase he visto el mensaje de que te quedabas con ellas.

—Sí, pobre Carla, estaba muy nerviosa.

—Siempre han tenido muy mala suerte con las niñeras.

—Les he dicho que pueden contar conmigo menos los martes y jueves.

—Eres muy buena.

—No, qué va, si podemos ayudarnos, ¿por qué no hacerlo? —nos miramos y nos reímos.

Paco se sienta con nosotras a ver la tele, pero al rato tiene que estudiar.

—Solo necesito dos horas y te ayudo ¿vale?

—Tranquilo, estamos bien, y si veo que hacen ruido nos vamos al parque.

—Si necesitas algo me lo dices. Que no te importe.

Como veo que están un poco ruidosas nos vamos al parque y así me

despejo un poco.

Estamos como una hora cuando recibo un mensaje de Paco. Se baja con nosotras, jugamos con ellas a la pelota y lo pasamos muy bien. Siempre que alzo la mirada Paco me está mirando y me pone nerviosa.

Ya son casi las siete cuando las niñas salen corriendo al ver a sus padres.

—¿Se han portado bien? —dice Carla.

—¿Han sido pesadas? —dice Rubén.

—Pueden ser muy cansinas —dice Mateo.

—Eres un tesoro, de verdad —dice Vivian.

—Podéis estar tranquilos, son muy buenas y se han portado muy bien.

—Hoy han estado muy silenciosas, he estudiado dos horas y reinaba el silencio.

Nos reímos y nos subimos todos a casa, me ofrezco a bañarlas para que puedan estudiar todos un rato. Cuando terminamos el baño me voy con ellas a su cuarto y les leo un libro. Paco se apunta y les leemos dos cuentos e interactuamos. Lo pasamos muy bien hasta la hora de la cena.

Estamos todos cenando y mantenemos conversaciones diversas de la universidad, de las clases, de las niñas, de las familias y, la verdad, estamos muy a gusto. Las niñas se acuestan pronto y quieren que las acueste yo. Los padres están impresionados por el comportamiento de sus hijas, pues han sido muy buenas.

Cuando ya están dormidas recogemos la mesa. Algunos se van a estudiar y otros se quedan a ver la tele. Yo me voy a hablar con mi madre que me ha llamado, pero como estaba con las niñas no me he enterado.

Mi madre quería saber si podría venir el viernes y le he dicho que miraría el horario y se lo diría.

Paco llama a la puerta y me da las buenas noches. Se le ve cansado.

—Un día largo.

—Ya, bueno, descansa.

Me mira y parece que tiene algo que decirme, pero me sonrío y se va. No sé qué querrá, pero parece que quiere decirme algo. Le ha pasado dos veces.

No le doy más vueltas, quiero dormir.

A la mañana siguiente me despierto antes, me ducho tranquila y me preparo después mi desayuno. Cuando estoy terminando aparece por la puerta la pequeña Claudia. Está en pijama y va con su muñeco, se acerca a mí y quiere que la coja en brazos.

—Buenos días, peque.

—Buenos días, es pronto todavía.

—Sí, es pronto, quería estar preparada para dejaros vía libre.

—¿Hoy también te quedas con nosotras, verdad?

—Sí, claro, después del cole. Me gustó mucho.

—A nosotras también, eres muy buena y divertida —me da un abrazo y al levantar la vista veo a Paco que está vestido con unos vaqueros y una camisa.

—Buenos días —nos dice acercándose a nosotras.

Claudia me suelta y va a los brazos de Paco, que la coge en brazos y le dice algo. Ella se ríe. Después la deja en la encimera, a mi lado y le prepara el desayuno. Prepara el suyo, se sienta a mi lado y me sonrío.

—¿Sabéis?, sois mis mejores amigos, además de Nery, claro.

—Muchas gracias —decimos los dos a la vez y los tres nos reímos.

—Bueno, será mejor que me vaya —digo recogiendo mi desayuno.

—Hoy te vas muy pronto —me dice Paco.

—Sí, quiero mirar unos billetes y a ver cuánto tardo en metro.

—¿Por qué no vas con Paco? —nos dice Claudia.

—Eso ya se lo he dicho yo —dice Paco.

—Porque quiere ver cuánto tardo y ver que opciones tengo, no quiero ser una molestia.

—No eres una molestia. Me gustaría ayudarte y además vamos en la misma dirección.

—Eso es verdad, Emma, deja que te lleve, así podrás estar más tiempo con nosotros.

Les miro a los dos y parece una emboscada. Los dos me miran y no puedo decir que no.

—Vale, pero no siempre. Quiero ir a mi ritmo.

Los dos se ríen y chocan la mano, me da que pensar que han acordado esto.

Me quedo con Claudia hasta que Paco se termina de arreglar y la ayudo a vestirse mientras todos empiezan a levantarse. Carla me dice que hoy a las tres estará en casa con las niñas y que hoy vendrán antes porque no tienen clase a última hora. Entonces quedamos y nos despedimos de todos, y Paco y yo nos vamos.

Bajamos al coche y cuando entramos pone la música bajita.

—Bueno, ¿para qué son los billetes?

—Mi madre quiere que vaya a casa el viernes y como voy en tren necesito el horario y el billete.

—Si quieres te puedo llevar. Yo también voy para casa.

—No lo sabía, pero si es molestia...

—Por favor, deja que te ayude.

—Pero con una condición: déjame pagarte la gasolina —veo que piensa que es coña porque se está riendo.

—Vale, tú pagas la gasolina, y como quedan días ya hablamos de cuando salimos.

—Vale, llamaré a mi madre para decírselo.

Comenzamos el viaje y como ya no vamos a la estación quiere llevarme a un sitio. La verdad es que cuando llegamos no puedo dejar de mirar lo bonito que es.

Me ha llevado a un mirador cerca de la universidad y he visto el amanecer: es precioso. Desde aquí se ve todo el lago y una pista de atletismo muy grande.

—Paco, es precioso. No sé qué decir, gracias.

—Sabía que te gustaría.

Estamos un rato más y nos vamos a la universidad. Cuando llegamos me acompaña a la biblioteca.

—Muchas gracias por lo de llevarme a casa el viernes, lo de esta mañana y lo de traerme.

—¿Sabes?, voy a escribir cuantas veces me has dado las gracias, ya sabes que no me importa.

—Ya lo sé, pero te estás portando muy bien conmigo y no sé cómo agradeceréte.

—No tienes por qué, lo hago y ya está.

—Bueno, será mejor terminar esta conversación porque no terminaremos nunca.

—Bueno, pasa buen día.

—Lo mismo digo.

Se aleja y yo entro en la biblioteca. Lidia todavía no está, me acerco al conserje y le digo que si puede abrirme. Le enseño mi tarjeta y accede.

Enciendo todo y me pongo a colocar los libros de los carritos y de las mesas. Al cabo de un rato llega Lidia, se disculpa y me pongo con ella para que termine de enseñarme el manejo del ordenador.

El día pasa volando y hoy en mi almuerzo me voy donde están las gradas de baloncesto. Hoy sí me he acordado de la comida y, la verdad, se está muy bien. Hay mucha gente pero hay sitio de sobra.

Cuando ya termino y voy a tirar las cosas a la papelera veo que están jugando al baloncesto. Al fijarme mejor, veo que me suenan: son Paco y unos

chicos que suelen venir cada hora a la biblioteca. Me acerco un poco y les veo jugar. Paco parece que les está enseñando técnicas y se ve que lo están pasando bien. Me recuerda a cuando estábamos en el instituto. Les miro un rato, pero luego me pongo a leer. Al cabo de un rato miro el reloj y ya va siendo hora de que me vaya. Recojo todo y voy caminando deprisa. Cuando ya estoy en la puerta me fijo en una chica que está en el mostrador hablando con Lidia. La reconozco: es Blanca. Paso corriendo y saludo a Lidia para decirle que ya estoy aquí. Me pongo en el ordenador, en el que ya puedo manejar sola, y hago mi trabajo. Se pasa volando el tiempo y llega mi hora.

Llego a casa enseguida y me pongo a comer. Al rato ya tengo aquí a las peques y nos ponemos con sus deberes. No tardamos nada porque es colorear y escribir unas dos frases. Después deciden poner una película y aprovecho para leer un rato y, la verdad, se portan muy bien.

La hora de la merienda llega y las niñas y yo nos vamos a su cuarto de juegos. Quieren que les lea algún cuento.

Escojo uno y me pongo a leerlo. Cuando voy por la mitad y estamos tan inmersas en la historia, Paco aparece, pero apenas le sentimos hasta que al levantar la vista le veo apoyado en la puerta.

—Hola, ¿qué tal mis chicas? —nos mira a las tres y como tontas las tres nos reímos y decimos que bien a la vez.

Paco merienda con nosotras y luego se va a estudiar. Sus padres hoy han venido antes. Me voy a mi habitación, cojo mi libro, miro mi móvil y veo que ya son casi las nueve y tengo hambre. Al ir a la cocina veo que los chicos están viendo un partido y veo a Paco cenando en la encimera con su uniforme. Me acerco a él y me da la mitad de su bocadillo sin decirme nada.

—¿Ya te vas al trabajo?

—Sí, pero hoy vendré pronto, solo estaré cuatro horas.

—Mejor, así podrás descansar.

—¿Quieres venirte y los conoces? —me quedo mirándole y no sé qué decirle.

—No, gracias. Necesito estudiar. Otro día,

Cuando él se va, la noche pasa volando y puedo estudiar tranquila.

Me despierta mi móvil con el despertador y voy al baño directa. Cuando ya me visto y preparo mi bolsa, me voy a desayunar y la mañana comienza con todo su ajetreo.

Empiezo mis clases y, la verdad, me encantan. Y los profesores también. Estos dos días pasan volando y llega el viernes por la tarde y me preparo mi mochila para volver a casa.

—Buenas, ¿ya lo tienes todo? —es Paco y le veo con la cazadora puesta. Me alegra verle porque en dos días apenas nos hemos visto.

—Hola, sí, ya voy —me pongo la cazadora y nos vamos al coche, pero antes vemos a las niñas en el parque con sus madres y cuando nos ven vienen corriendo.

—¿Ya os vais? —dice Claudia y Nery a la vez saltando en brazos de Paco.

—Sí —digo yo acariciándoles la mejilla.

—Pero el domingo llegamos por la tarde y nos vamos al parque con vosotras, ¿qué os parece? —las niñas sonrían y le abrazan más fuerte. Se las ve encantadas.

Bajan al suelo y vienen a abrazarme a mí también.

—Tened cuidado —nos dicen a los dos, y decimos adiós a sus madres con las manos porque están hablando con varias madres. Las niñas vuelven al parque a divertirse.

Cuando ya estamos en el coche, Paco no arranca y me mira.

—¿No te importa, verdad? Lo de las niñas.

—Lo del domingo no, para nada, me gusta estar con ellas.

—Vale, pues tenemos una cita el domingo —arranca y pone la música.

Pasamos el viaje oyendo música y hablando de esta semana, del comienzo de clase que, aunque ha sido estresante, ha estado bien.

En el viaje mi madre me llama tres veces para saber cómo vamos, y como pongo el manos libres Paco habla con mi madre y veo que con ella también se lleva bien. Incluso le ha invitado para que venga a casa. Paco también ha llamado a su casa y nadie lo cogía, pero a la mitad del viaje nos hemos enterado que su madre no va a estar en casa. Ha decidido hacer un viaje sin decirle nada a Paco. Pero ¡madre mía!, para un fin de semana que libra, su madre decide irse y encima ni le avisa. Y él no tiene llaves.

—¿Tú te crees?, podría haberme avisado. Vaya fin de semana. No es por ti, Emma, perdona.

Decide parar en el primer pueblo que pasamos. Sale del coche y coge el móvil porque le está llamando su madre. Se le ve enfadado. Yo salgo y me quedo apoyada en el coche. Cuando le veo volver tiene las manos en la cabeza y veo como se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón y se apoya en el coche a mi lado.

—Perdona, de verdad, mi madre.

—Tranquilo, ¿estás bien?

—Es que no lo entiende, podría haber estudiado o cambiado el turno, sabe que quiero el dinero —vuelve a moverse de un lado a otro y está nervioso.

Me acerco a él y le cojo del brazo para que se pare y me mire.

—Mira, ¿por qué no te quedas en mi casa?, mi madre te ha invitado, ¿verdad? Así podrás estudiar tranquilo, ¿quieres?

—¿De verdad que no os importa? —no le contesto porque llamo a mi madre.

—Hola, mamá.

—¿Pasa algo?, mi niña.

—No, tranquila. Mira, los padres de Paco no van a estar y necesita donde

quedarse.

—Pues claro que sí. Paco, no te preocupes, vente.

—Muchas gracias, de verdad.

—Anda, iré preparando todo, tened cuidado.

—Un abrazo, mamá —cuelgo y le miro—. ¿Ves? Ningún problema.

—Gracias, de verdad.

Volvemos al coche y el resto del camino jugamos a ver quién acierta más canciones y cantantes y, por supuesto, gana él.

—Puedes aparcar aquí, el coche de mi madre es aquel de allí —aparca enfrente de casa y vamos dentro.

—Hola, ya estamos aquí —mi madre sale de la cocina con su uniforme de trabajo, y al vernos me abraza, a mi primero y luego a Paco.

—Encantado de conocerla, y gracias por todo —dice Paco.

—No hay problema, bueno, ¿qué tal la primera semana?

Primero contesto yo, y luego Paco. Al terminar de explicarle le acompaño a su habitación, le enseño la casa y le explicó dónde está todo.

—Te dejo para que te acomodes.

—Vale.

—Estamos abajo.

Estamos en la cocina preparando algo para picar porque mi madre tiene que ir unas horas al hospital. Salimos al jardín y preparamos la mesa.

—¡Pero qué bien huele! —dice Paco.

—Gracias, pero no lo he hecho yo, fue Emma —dice mi madre

—No sabía que cocinaras tan bien —dice Paco

—Sí que cocina bien, creía que iba a ser cocinera —dice mi madre

—Pero los libros le tiran más —dice Paco

—Tú lo has dicho —dice mi madre.

Los dos se ríen y nos ponemos a comer. Paco y mi madre se llevan bien,

hablan de cosas sin importancia y Paco le pregunta por su trabajo. Hablan y yo también intervengo, hasta que tiene que irse a trabajar.

—Tened cuidado, volveré pronto —dice mi madre, dándonos un beso.

Después de terminar de picar, Paco me ayuda a recoger. Después nos sentamos a ver la televisión. Vemos una película que a los dos nos gusta.

Durante la película nos reímos, comentamos y, la verdad, lo pasamos muy bien.

Al terminar, nos preparamos para dormir y caemos fritos.

—Buenos días, mamá.

—Hola, hija. Buenos días, ¿cómo has dormido?

—De maravilla, en mi camita —me acerco a ella y le doy un beso. Se está preparando el desayuno y la ayudo. Al rato, vemos como desde la terraza está Paco estirándose, y viene sonámbulo hasta nosotras.

—Buenos días —dice todavía con los ojos pegados y los pelos más alborotados que le he visto desde que vivo con él. No puedo evitar reírme. Él me mira y me sonrío, y yo le indico que tiene el pelo revuelto. Él intenta alisárselo, pero nada vuelve a su lugar.

—¿Cómo has dormido? —le pregunta mi madre.

—Pues genial. No he oído nada y, la verdad, esa cama es muy cómoda.

—¿Sí? Me alegro, ¿quieres desayunar? —dice mi madre.

—Sí, por favor.

Nos preparamos el desayuno y desayunamos los tres. Paco contesta al teléfono, a algunos mensajes, y mi madre se retira a dormir unas horas. Yo recojo un poco y me voy a mi habitación a leer un rato. Oigo a Paco en el jardín hablando por teléfono y le noto enfadado, pero luego parece reírse. Le oigo subir por la escalera y se para en mi habitación.

—Hola, ¿quieres saludar a dos princesitas?

—Claro que sí.

Se acerca a mí y se sienta en mi cama, deja el móvil entre los dos y tenemos que arrimarnos más para salir en la pantalla. Veo a Claudia y a Nery con sus pijamitas y recién levantadas.

—Hola, Emma, queremos ver tu habitación, porfa —dice Nery.

Yo miro a Paco y nos reímos. Mientras les explico con todo detalle mi habitación, Paco me mira, me sigue con el móvil y se ríe.

Les hablo de los libros que tengo, de mis peluches, las fotos que hay colgadas y mis colgantes del techo. Les digo que les llevaré uno a cada una.

Nos dicen que hoy nos han echado de menos y que lo pasemos bien. Nosotros le decimos lo mismo.

Al colgar, nos miramos y nos reímos. Paco, al colgar no se levanta, se queda sentado a mi lado y coge algunos libros que tengo por la cama.

—Pues sí que tienes libros, esto parece una biblioteca —me dice mirando alrededor.

—Ya lo sabes, me encantan —nos miramos.

—¿Sabes?, cuando pasó lo de tu padre quise acercarme a ti, pero como luego parecías tan triste no quise acercarme y pensé que mis palabras te dolerían más.

—Sí, me di cuenta. Te vi mirándome y como queriendo decirme algo, pero, ¿sabes?, eso me hizo reír, porque como ibas deprisa casi te chocas —nos reímos de la situación.

—Siento mucho lo de tu padre, era un buen hombre. ¿Sabes?, él hablaba mucho conmigo cuando venía por la mañana al restaurante con su periódico y tomaba su café, los sábados y los domingos.

—Sí, le gustaba leer el periódico a solas con vuestro café. Le encantaba.

—Me lo dijo, cuando me veía me preguntaba siempre por los estudios y por el deporte. Nos tirábamos horas hablando. Me gustaba porque me entendía.

Le miro y sé que mi padre le apreciaba porque cuando llegaba a casa me contaba muchas cosas de él. Siempre me decía que por qué no era su amiga, y yo no sabía que decirle. Pero lo que sí me acuerdo es que me dijo que era un buen chico y que era una pena que la gente no se conociera mejor.

Desde ese día le miré con otros ojos, pero yo siempre he sabido que era diferente.

—¿Sabes?, te apreciaba mucho.

—¿De veras?

—Sí, no te rías, pero le hubiera gustado verte aquí ahora.

—¿Por qué dices eso? —y salvada por la campana llaman a la puerta de casa. Bajo corriendo y al abrir veo a mis abuelos y les doy un gran abrazo.

—¿Cómo está mi niña? —dice mi abuelo.

—Bien, ya sabes que me encanta estar entre libros y estudiar.

—Es de otro planeta, se lo aseguro —dice Paco, bajando por la escalera y sonriendo.

—Te puedo asegurar que pienso lo mismo —dice mi abuelo riéndose.

—Dejad los dos a mi niña —viene mi abuela y me abraza.

—¿Tú quién eres chaval? —dice mi abuelo.

—Soy Paco, un compañero de piso y universidad de su nieta. Nos conocemos desde siempre.

—Hola, yo soy Marcial y mi mujer Carmen, abuelos de la extraterrestre.

—Abuelo, no seas malo —todos nos reímos y mi abuela pega a mi abuelo en el brazo y saluda a Paco dándole un abrazo.

—Encantado de conoceros.

—¿Y qué estudias? —dicen mis abuelos mientras nos sentamos en el comedor, mis abuelos en las butacas y nosotros en el grande, pero sin darnos cuenta nos sentamos muy cerca.

—Empresariales, quiero llevar el negocio familiar.

—Eso está muy bien, querer continuar con el negocio familiar —dice mi abuelo.

—No sabía que érais amigos, ni sabía que os conocíais —dice mi abuela.

—Bueno, la verdad es que... —digo yo sin saber cómo explicar nuestra relación.

—Pues aunque nos conocemos desde siempre nunca hemos hablado, pero tuvimos la oportunidad de conocernos y luego en el apartamento nos hemos conocido mejor —me mira y se ríe, y yo me pongo roja como un tomate.

—¿Queréis algo de comer o beber? —digo para no continuar la conversación.

Se levantan, sonrían y nos miran.

—No, ya nos vamos, hemos quedado, solo queríamos ver a nuestra nieta universitaria —se acercan, me abrazan y luego abrazan a Paco.

—Cuida a mi nieta por nosotros —dice mi abuela. Yo la miro muy seria y ellos se ríen.

—Tranquilos, estará segura a mi lado.

—¡Qué buen muchacho! Y hazla reír, que le hace falta —dice mi abuelo.

—Bueno, ya está bien, os llamaré —les digo enfadada y guiándoles a la puerta.

Nos despedimos y al cerrar la puerta veo a Paco detrás de mí mirándome, y yo, que tengo que estar más roja que un tomate, le sonrío.

—No les hagas caso, son muy pesados.

—No son pesados, se preocupan por ti. Es bonito, y la verdad, no me importa cuidar de ti ni hacerte reír, al contrario.

—¿Sabes?, eres muy bueno con todo el mundo, te he visto ayudar a mucha gente desde siempre, pero no quiero ser una carga ni una obligación, ya estoy bien. Y sí que me río, no como antes, pero me río.

—¿Sabes?, el día que estuvimos encerrados te reías mucho y desde que

vivimos juntos tu risa es diferente, es triste. Yo conseguiré que vuelva esa risa, te lo aseguro. Como lo hice aquel día.

—¿Sabes?, a mi padre le caías muy bien porque te veía fuerte, seguro y aunque sabía que tenías problemas, él decía que le recordabas a él,

—¿Por qué?

—Porque mi padre también tuvo problemas como los tuyos y le recordabas a él. Siempre me preguntaba por qué no éramos amigos.

—Él me preguntó una vez si te conocía y le conté que te llamaba «libro» y las razones.

—¿Y el qué te dijo? Nunca me dijo nada.

—Me dijo que necesitabas tiempo, que había que conocerte y saber llevarte, pero que ibas a ser una escritora muy buena y que necesitarías experiencias de vida y no solo la de los libros. También que necesitarías a alguien para guiarte.

—¿Mi padre te dijo eso?

—Sí, yo le dije que aunque te conocía, nunca he tenido valor para acercarme a ti, que tenías una barrera. Él me dijo que fuera paciente, que tú eras una persona que valía la pena conocer y, la verdad, tenía razón,

—No puedo creer que mi padre dijera eso, nunca me dijo nada. Solo me decía que eras un buen muchacho y que las apariencias engañan.

—Eso también me lo dijo a mí —no puedo evitar llorar, me sorprende todo lo que ha dicho, y recordar a mi padre me gusta, pero todavía me afecta bastante.

Sin darme cuenta le abrazo y siento que él también me abraza. No sé cuánto tiempo estamos así, pero al separarnos y mirarnos a los ojos nos reímos.

—Siempre estaré aquí si me necesitas.

—Gracias, me ha gustado hablar de mi padre. Hacía mucho que no hablaba de él.

—Pues háblame de él cuando quieras.

Pasamos la mañana haciendo la casa y después de hacerla decidimos dar un paseo. Vamos por la calle principal y vemos todos los comercios abiertos. Hay mucha gente, los sábados son así en nuestra ciudad.

Cuando llegamos a la altura del bar de sus padres vemos que está abierto y nos paramos.

—¿Te importa si pasamos y saludo?

—No, claro —nos acercamos y entramos.

Nada más entrar, el chico de la barra y otros dos que están atendiendo las mesas gritan a la vez.

—¡El niño prodigio ha vuelto! —y empiezan a reírse.

—Mira, si es el apocalipsis.

Se arrima a ellos, les abraza y se ríen. Después, como no hay mucha gente, nos sentamos en la barra.

—¿Y esta chica tan guapa? —dice el camarero de la barra.

—Ella es Emma, ellos son Willy, Marco y Feliz —yo les saludo a todos con la mano.

—Pues encantados —dicen los tres a la vez.

—Y de que os conocéis, ¿sois novios? —me dice guiñándome un ojo.

—Eh, no te pases, no te arrimes a estos rompecorazones.

—Mira quién habla, el chico solitario, ya era hora de verte con una chica.

—Ya lo sabes.

—Y ya estás con otra.

—Bueno dejemos el tema, ¿quieres?

—Yo no soy su novia, somos amigos —todos se callan y me miran. Dos se acercan y me dan dos besos, y cuando el tercero viene a darme otro beso Paco se pone en medio.

—Bueno, ¿cómo va todo por aquí?

—Pues ya ves, todo completo, el jaleo viene a la una, ya lo sabes,

—Me alegro de que el negocio vaya bien.

—Bueno, ¿qué tal la vida universitaria?

—Pues bien, mucho trabajo, pero bien. ¿Verdad? —yo asiento.

—Y este *casanova* seguro que tiene mucho éxito —le guiña el ojo y me mira.

—Te puedo decir que sí, tiene a una rubia y a otra morena loca. Y Blanca también anda por allí —se quedan mirándose.

—¿Has visto a Blanca?

—Sí, un par de veces.

—Bueno, voy a recoger unas cosas —dice Willy, y se va lejos.

—No me has dicho nada.

—¿Por qué iba a hacerlo? Siempre habéis sido inseparables.

—Ya, ella necesita ayuda,

—No quiero saber nada, no te estoy pidiendo explicaciones

—¿Sabes?, las apariencias engañan, solo quiero decirte que Blanca es una amiga y necesita ayuda.

—Sé que ayudas a mucha gente. Blanca es tu novia. Ya te lo he dicho, no me des explicaciones.

—Emma, Blanca siempre ha sido mi amiga y ahora tiene un problema. Rompimos hace años, ella me engañó.

—Lo siento mucho. ¿Y ahora la ayudas?, no lo entiendo.

—No se lo digas a nadie, pero Blanca está embarazada y su familia no la ayuda.

—¡Madre mía!, pobrecilla. Y te pide ayuda a ti, que no te niegas.

—No podría, le he conseguido trabajo y alojamiento.

—Si quieres puedo preguntar en la biblioteca, allí no importaría que estuviera embarazada.

—Eso sería fantástico, gracias.

—¿Y quién es el padre de la criatura?

—Algunos me señalaban a mí, pero no saben toda la historia, solo saben que rompimos, luego nos veían juntos y pensaron otra cosa.

—Lo siento, por pensar mal.

—Tranquila, parece que tengo una reputación y no me la saco de encima.

—Pues la gente se equivoca. Eres una buena persona y no te mereces ningún comentario.

—Bueno, cambiemos de tema, ¿quieres que nos vayamos ya?

—Sí, si no te importa.

Él niega con la cabeza y nos despedimos de los camareros y volvemos a casa.

Nos vamos a estudiar cada uno a nuestras habitaciones, y al cabo de dos o tres horas me duelen los ojos y voy a por algo de picar. Voy a la habitación de Paco y le veo muy concentrado, doy a la puerta, se gira y me sonrío.

—¿Quieres hacer un descanso?

—Sí, tengo un poco de hambre.

Nos vamos a la cocina, ponemos música, nos hacemos unos bocadillos y los comemos allí mismo.

Comentamos toda la música que oímos y jugamos a averiguar el cantante o grupo que lo canta. Pasamos un buen rato y terminamos en el salón viendo una película.

Cuando ya ha terminado, comentamos la película, y al rato viene mi madre: se la ve cansada. Paco le hace un bocadillo mientras ella se ducha y yo ordeno un poco la casa. La acompañamos mientras come y le contamos el día que hemos tenido.

Después, mientras ella duerme un rato, estudiamos un poco más, hasta que se despierta y salimos los tres a dar un paseo por el pueblo. Vamos al ferial;

subimos a la noria, al tío vivo, nos compramos dulces, jugamos en los puestos y terminamos cenando en mi restaurante favorito, uno en forma de tren cerca del lago.

A Paco le encanta. No lo conocía y se ha sorprendido, y aunque nos pedimos poca cosa por todas las chuches que nos comimos, no dejamos nada en los platos.

Terminamos el día andando tranquilamente por el pueblo, y al llegar a casa, mi madre se va a la cama porque está cansada. Nosotros nos atrevemos a caminar un rato más y vamos al parque donde hay un estanque con barcas. Está lleno de gente, pero nosotros nos sentamos en el jardín mirando al estanque.

—¿Sabes?, hoy lo he pasado muy bien, gracias.

—No hay que darlas, tú me has enseñado todo en la universidad.

—Pues estamos en paz —nos miramos y nos reímos.

—Estamos un rato sentados. Luego caminamos un rato más y llegamos a casa casi de amanecida. Hemos hablado de muchas cosas y de nada.

—Estoy molido, en serio.

—Yo también.

Nos despedimos cada uno en nuestras puertas de la habitación, pero Paco se acerca, me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Gracias por este día sin complicaciones.

—De nada.

No sé qué más decir porque para mí también ha sido un día sin complicaciones. Le abrazo y al separarnos cada uno va a su habitación. Y cerramos la puerta.

Caigo rendida y solo pienso en que estoy feliz por primera vez en muchos años. Y se lo debo a Paco.

La luz de la mañana me despierta, y también las risas que vienen de la cocina. Miro el reloj: son las nueve de la mañana, y sin darme cuenta bajo con

mi pijama de ositos y corazones en el pantalón y una camiseta de tirantes azul.

Veo a mi madre y a Paco reírse y hablar como si se conocieran desde siempre. Me encanta y les miro un rato.

Cuando parece que están más tranquilos, me asomo y veo que me miran y se ríen.

—Buenos días, bella durmiente.

—Buenos días, mi niña.

—Buenos días a los dos.

Voy directa a por un vaso y a por zumo. Me siento enfrente de mi madre y al lado de Paco, y veo que me siguen mirando.

—¿Se puede saber de qué os reís tanto?

—Estábamos hablando de ti, de cuando ibas al colegio.

—Pues no le veo la gracia —empiezan a reírse, y como paso de ellos, como una tostada untada de mantequilla y mermelada.

—Bueno, me voy hacer mi cama. Desayunad tranquilos.

Mi madre desaparece y al girarme veo a Paco que me está mirando. Al cruzarse nuestras miradas él se pone rojo como un tomate.

—¿Por qué me miras así? —me miro por si no tengo colocado bien algo o por si mi pelo está muy mal.—. Ya me has visto en pijama y recién levantada.

—Ya lo sé, pero nunca en tirantes y con esos pantalones de ositos y corazones.

—Pues es el pijama más feo que tengo.

—Yo creo que es el más bonito.

Al decir eso me pongo roja y miro mi desayuno. Y él también, con el suyo.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy, Emma?

—Yo voy a ver a mis abuelos porque no los veré hasta Navidad: se van de viaje. ¿Tú que harás?

—Pues tenía pensado ir al restaurante y echar una mano, pero si quieres

podemos quedar para comer. ¿Te apetece?

—Había quedado con mi madre.

—Pues que venga. Entonces quedamos para la hora de comer, te doy un toque.

—Vale, me tienes que decir a qué hora salimos porque me gustaría ir a un sitio antes de irnos.

—Sí, yo creo que podemos salir sobre las cinco o seis.

—Pero habíamos quedados con las peques.

—Les mando un mensaje y les digo que llevamos regalos y se les olvida. Tranquila, no pasará nada —nos reímos y asiento.

—Será mejor que sobre las siete, ¿te parece? Llegaremos a la hora de cenar.

—Sí, no me importa.

Recogemos todo lo del desayuno y cada uno se va a su habitación para arreglarse. Mamá y yo nos vamos antes que Paco. Los abuelos nos esperan, suelen viajar con su grupo de amigos y este año toca crucero: se van cuatro meses en dos cruceros. A mí me parece genial que disfruten así. Vendieron su casa y compraron un apartamento de una habitación, por eso pueden viajar siempre.

Pasamos una mañana muy ajetreada entre compras. Luego nos hemos ido al parque con sus amigos.

Durante la mañana he estado mandándome mensajes con Paco y nos hemos mandado fotos de bromas. Él con sus amigos, los camareros, y yo con mi familia y los amigos de mis abuelos.

—Ese chico es muy majo —dice mi abuelo cuando estoy mirando la última foto de Paco.

—Sí que lo es, en el cole nunca hablamos, pero ahora me parece la persona más amable y buena que he conocido.

—Me alegra saber que alguien te cuida —nos reímos y jugamos a la petanca.

Cuando ya llega la hora de comer, Paco me manda un mensaje diciendo que podemos acercarnos, ya que hay mesa libre. Tardamos unos quince minutos en llegar, y al verle no puedo evitar sonreírle.

—Hola, ¿tenéis hambre? Por que yo sí.

—Pues sí, y mucha —dice mi madre cuando le da dos besos a Paco.

—Yo vengo enseguida. Id pidiendo.

Se aleja y veo que le dice algo a su amigo Willy. Después viene, se sienta a mi lado y nos sonrío. No hay mucha gente y nos atienden de maravilla. Las pocas veces que hemos venido a comer aquí siempre ha estado lleno.

Pasamos la comida riéndonos de las fotos del día. Paco le presenta a mi madre a todos los camareros y le enseña el local. Yo, mientras, disfruto de las vistas.

—Te he dejado abandonada —dice Paco, sentándose a mi lado.

—No, tranquilo. ¿Y mamá?

—Está hablando con el cocinero, por lo visto se conocen. Te he visto mirar por la ventana leyendo, ¿estás bien?

—Sí, solo pensaba en cuánto echo esto de menos, pero sé que volveré pronto.

—¿Sabes?, nos hacemos una foto con estas vistas, así cuando estés mohína, pues la miras y ya está —nos miramos, le sonrío y asiento. Coge su móvil y se acerca a mí para hacernos un *selfie*. Mira bien la foto y nos enfoca a los dos. El fondo es precioso, se ve todo el lago y parte del pueblo, y nosotros a un lado, sonriendo.—. ¿Ves? Ha quedado muy chula, voy a sacarla.

—Pero, ¿dónde?

—En la oficina. Mira, ven.

Recogemos nuestras cosas para dejar libre la mesa y vamos a la oficina. Es

muy bonita. Paco se sienta enfrente del ordenador y conecta su móvil. Mueve unas teclas y en segundos aparecemos en la impresora los dos sonriendo. Ha sacado dos copias.

—Una para ti y otra para tu madre.

—Le va a encantar —me da las fotos y las veo. Han quedado muy bien.

Resulta que mi madre conocía al cocinero desde el colegio, y han quedado para pasar la tarde juntos. Así que Paco y yo decidimos dar un paseo, y así aprovecho para ver a mi padre.

—De verdad, ¿no te importa?

—No, tranquila. Me gustaría darle mi respeto.

Compramos dos ramos pequeños de flores y vamos hacia su tumba. Al llegar nos sentamos y hablamos con él de todo lo que hemos hecho.

Después de estar como una hora en el cementerio nos volvemos a casa. Al llegar, vemos que mi madre no está y hay una nota que dice que ha tenido una emergencia en el hospital y que la llamemos.

La llamo y me despido de ella, porque ya no la veré hasta dentro de dos semanas. También quiere hablar con Paco para despedirse de él.

Mi madre siente que el fin de semana se termine y que no pueda estar más tiempo con nosotros.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —dice Paco.

—Pues si quieres podemos ir a un sitio. Nos llevamos todo, así no tenemos que volver. ¿Quieres?

—Vale, como quieras. Voy a recoger todo.

Tardamos como media hora, recogemos un poco y nos preparamos unos bocadillos y unas bebidas para el camino.

Cuando ya estamos en el coche, Paco recibe una llamada. Sé quién es porque Paco sale del coche y empieza a alterarse. Cuando ya cuelga veo que quiere tranquilizarse antes de entrar en el coche. Al rato entra y se disculpa.

Sin decir nada más, arranca el coche.

—¿Hacia dónde vamos? —me dice muy serio.

—¿Estás bien? —le digo tocándole el hombro.

—Era mi madre, dice que ya vienen de camino, que cene con ellos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Si me quedo a cenar llegaré muy tarde y mañana tengo todas las clases y turno en el trabajo, ya sabes que mi madre no comprende que quiera trabajar.

—Ya me lo dijiste, lo siento mucho, si quieres dejamos lo de ir al sitio especial.

—No quiero cambiar nada por culpa de mi madre, nos iremos y ya está.

—Como quieras, pues vamos hacia la plaza mayor y directa a la biblioteca.
—me mira y se ríe.

—Lo sabía, pues vamos entonces.

Nos dirigimos a la biblioteca. Está a unos veinte minutos. Durante el trayecto no hablamos mucho, solo escuchamos música.

—Bueno, ya estamos —nos bajamos del coche y entramos.

—Si te aburres hay una cafetería muy buena enfrente.

—Tranquila, estoy bien, tú disfruta.

Voy estantería por estantería mirando todos los libros y tocando los lomos. Siempre me ha gustado, y cuando llego a mi rincón favorito no puedo contener la risa.

—¿Sabes?, mi padre me traía cada domingo y pasábamos aquí toda la tarde. Me contaba historias y luego merendábamos en esa cafetería que te he dicho.

—Se nota que te gusta. Es aquí donde te gustaría trabajar en un futuro, ¿verdad?

—Sí, conozco al director y como he hecho voluntariado y he trabajado en los veranos, me han dicho que me tendrán en cuenta.

—Me alegro mucho, de verdad. Serás muy feliz, lo sé. Y el transporte te viene bien.

—Sí, solo son tres paradas. Y está la estación a cinco minutos de aquí. No hay problema.

—Pues bien, me alegro, de verdad.

—Pero, ¡mira quién está aquí! —me giro y veo a Carlos. Está muy guapo, nos abrazamos y nos damos dos besos.

—Pero, ¡mírate!, estás hecho un pincel.

—¡Y tú, qué guapa estás!

—Muchas gracias, perdona, este es Paco, un amigo de siempre —Paco y yo nos miramos, pero retiro la vista para mirar a Carlos.

—Encantado de conocerte, Paco, cuida bien a Emma, que es un tesoro. Yo la dejé escapar.

—Pues no lo dudes, la cuidaré muy bien.

—Bueno, en tres años vienes, ¿verdad?

—Sí, eso espero.

—Estoy deseando trabajar contigo. ¿Te acuerdas como lo pasábamos?

—Sí que me acuerdo —nos reímos.

—Bueno, será mejor que me vaya a trabajar —me vuelve a abrazar, me besa, se despide de Paco y nos sonrío.

—¡Qué personaje! Este quiere algo más.

—¿Por qué dices eso? Es así con todos.

—Me extraña, se ve lo que quiere. Por cierto, ¿habéis salido antes?

—¿Quién? ¿Carlos y yo?

—Sí —me mira y se acerca a mí.

—No, siempre hemos sido muy buenos amigos, ¿por qué lo preguntas?

—Parece que ha dado a entender que habéis salido y que te dejó escapar.

—No, lo dice porque lo intentó, pero yo le dije que no.

—¿Y por qué?

—En esa época me gustaba otra persona y no tenía ojos para él.

—Oh. Qué bonito, entonces además de los libros te gustaba alguien.

—Pues sí, ¿qué te creías? —le empujó, salimos de la biblioteca y nos dirigimos a la cafetería. Pedimos dos bebidas y nos sentamos en la terraza.

—Bueno, ¿y lo conozco?

—¿A quién?

—Al chico que te gustaba —se pone con los codos apoyados en la mesa, apoya la cara en las manos y me mira.

—Pues sí, le conocías. Y no sigas preguntando porque no te lo voy a decir.

—¿Por qué? Si es pasado, ¿o acaso es que te sigue gustando?

—Por favor, no sigas —me bebo el refresco y me levanto.

—Vale, no preguntaré, no quiero que estés mal. Perdona.

—¿Podemos irnos ya?, por favor.

Recogemos todo y nos vamos al coche. Al subir, Paco me mira.

—Perdona, no estés así, ¿amigos? — extiende la mano hacia mí.

—Sí, tranquilo —se la estrecho y sonreímos. Su mano es muy suave y fuerte. «Para ya de mirarle tanto, que se va a dar cuenta».

—Bueno, nos vamos ya, llegaremos a la hora de la cena.

—Sí, bien.

Madre mía, qué vergüenza. Si llega a averiguarlo y no puedo mirarlo nunca más... He estado colada por él desde siempre, y mi corazón sigue emocionándose de igual manera, y ahora que lo estoy empezando a conocer mejor me gusta más. Siempre me lo imaginaba en mis libros, él siempre era el protagonista.

Sé que teniendo a Blanca es imposible que alguien como él se fije en mí. Yo soy bajita, flacucha y mi pelo va a su ritmo, por eso lo llevo corto. Y mi piel más blanca que la nieve. En fin, que nunca verá nada en mí.

—¿Te gusta esta canción? Es nueva —me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—Sí, es chula.

—Es el grupo de un amigo, si quieres puedo llevarte al próximo concierto.

—Sí, me encantaría.

Pasamos gran parte del trayecto escuchando al grupo y, la verdad, son muy buenos. Me cuenta que son seis, que son dos hermanos, dos chicas y dos chicos más que son una pasada. Nos reímos y seguimos escuchando al grupo.

Llegamos enseguida, y al subir a casa vemos que todos están cenando. Las niñas vienen corriendo para abrazarnos y nos hacen hueco, pero yo me retiro, estoy cansada. Me disculpo y voy a mi habitación,

Mando un mensaje a mi madre para decir que hemos llegado bien, y deshago la maleta. Después me tomo una ducha, me relajo un montón y al salir me encuentro con Paco sin camiseta preparado para entrar a ducharse.

—¿Te ha sentado bien?

—Sí, muy bien —¡madre mía!, no puede ser más guapo.

Pasa muy cerca de mí, y como la última vez, huele de maravilla. Me voy a mi habitación y me tumbo en la cama.

Me pongo a leer para ver si dejo de pensar en Paco, y durante un rato funciona, pero cuando él entra en mi habitación vuelve todo otra vez. «¿Y por

qué no se pone una camiseta?».

—¿Puedo pasar un momento?

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—Mira, sé que te parecerá raro, pero he hablado con mi madre e insiste en comer mañana conmigo, ¿podrías venir?, por favor.

—Pues claro, bastantes favores me has hecho.

—¿De verdad que no te importa?, puede llegar a ser muy pesada.

—Tranquilo, si vemos que la cosa se pone fea nos ayudamos mutuamente y nos inventamos una señal para escapar.

—¿Qué señal?

—Pues no sé, nos cogemos de las manos, ¿te parece?

—Sí, me parece bien —no sé por qué pero en ese momento nos cogemos de las manos: es cálida. Nos miramos y parece que estamos más unidos que antes, pero nos separamos enseguida porque las niñas entran como un huracán y se suben a la cama con nosotros.

Paco empieza a hacerles cosquillas. Empiezan a gritar y a reírse, y al final terminamos los cuatro en el suelo, y Paco y yo inventándonos un cuento para ellas.

Al terminar, las niñas están fritas en mi cama y Paco me propone dormir en su habitación. Tengo que aceptar porque el sofá está lleno de cosas y las camas de las niñas son pequeñas.

Vamos a la habitación y veo que su cama es más grande.

—Coge el lado que quieras, me da igual.

—Vale, prefiero el de la ventana. ¿Te importa dejarla subida?

—Tranquila, no me importa.

Nos acomodamos y apagamos la luz. Veo que entra bastante luz por la ventana, me doy la vuelta y veo a Paco boca arriba. Se ha quitado la parte de arriba, por lo que puedo ver el tatuaje de su hombro.

—¿Te puedo preguntar por él? —sin pensarlo, le acaricio el tatuaje con una frase.

—Sí, claro —me mira y sus ojos me miran—. Son letras salteadas que solo yo sé lo que significan.

—¿Y qué dice?

—Pues dice «persigue todo aquello que quieras y no te rindas».

—Mirándolo bien sí lo veo.

Nos reímos y nos quedamos mirándonos un buen rato sin decirnos nada, y no sé por qué nuestras manos se entrelazan.

—Buenas noches, Paco.

—Buenas noches, Emma.

Nos dormimos mirándonos y duermo de maravilla. Al despertar veo que estoy encima del pecho de Paco y le estoy abrazando, y él a mí. Estamos como enredados.

Levanto la cabeza y veo que me está mirando.

—Buenos días —me sonrío y yo a él, y me pongo sentada con las piernas en el pecho, mirándole.

—Buenos días, ¿llevas mucho tiempo despierto?

—No, solo un rato. No quería despertarte.

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte, he dormido de maravilla.

Nos estamos mirando y de repente suena el despertador y nuestras miradas se desvían a nuestros teléfonos que suenan a la vez.

—¿Vas a vestirte primero y yo preparo el desayuno? —dice Paco levantándose, y veo que lleva solo sus calzoncillos de pantalón.

—Hoy quiero cereales —le digo mirándole. (¡Madre mía!)

—Muy bien, yo preparo el desayuno —se va poniéndose una camiseta y unos pantalones de pijama.

Me tumbo en la cama y me llevo una almohada a la cara para poder gritar y, ¡madre mía!, huele a él. Salgo a mi habitación y las niñas no están. Me asomo y están con sus padres durmiendo.

Me visto enseguida y me preparo la mochila. Salgo al salón y veo a Paco de espaldas, me acerco a él y le ayudo con el desayuno. Nos sentamos a desayunar, y mientras desayunamos, nos miramos y nuestras manos, que están muy cerca, parecen rozarse a propósito.

Cuando terminamos, yo recojo, él se va a vestir y le preparo el almuerzo. Veo que las niñas vienen y les preparo el desayuno, y todos los demás empiezan a prepararse.

Las niñas me cuentan su fin de semana y me enseñan donde han puesto los colgantes de techo que les han traído.

Recojo todo lo de la cocina y voy a mi habitación a por una chaqueta. He leído que ya empiezan las tormentas y el fresco.

—Si estás lista te llevo —me dice Paco en el marco de la puerta.

—Si no te importa, me encantaría.

Salimos los dos de casa, nos despedimos de todos y quedo con las madres de las niñas para cuidarlas hasta las cuatro, porque luego vamos a comer con la madre de Paco, y no les importa porque hoy salen antes.

Llegamos enseguida, y al momento de la despedida Paco me abraza y me da un beso en la mejilla.

—Ten buen día.

—Lo mismo digo.

Respiro hondo porque me ha encantado que hiciera eso, sé que esto no significa nada pero me encanta. Sé que me dolerá cuando empiece a salir con alguna chica, porque seguro que todas lo estarán deseando.

Las clases pasan volando y durante toda la mañana Paco me ha enviado tonterías, y no he podido dejar de sonreír. Empiezo en mi turno de la

biblioteca, recojo algunos libros y atiendo a algunos estudiantes cuando veo a Blanca esperando en el mostrador. Respiró hondo y me acerco.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —me mira y se ríe.

—Tú eres... ¿cómo era? —se queda pensando.

—Emma, me llamo Emma.

—Ah, sí, es verdad. Te veo igual que en el colegio —me mira de arriba abajo. Hoy me he puesto unos vaqueros, mis zapatillas, mi blusa favorita con una chaqueta fina y el pelo cogido con dos pasadores a cada lado.

Ella en cambio va súper mona, como siempre. Algunas cosas no cambian.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quisiera consultar unos libros —me entrega un papel, lo leo y, por lo visto, está estudiando turismo.

—Te los busco. Si quieres siéntate en una mesa y te los llevo.

—Gracias, prefiero llevármelos.

—Como quieras, tardaré unos minutos.

Asiente y se pone a escribir con el móvil. Yo voy a buscar los libros, y pensando que sigue igual no me gustaría que trabajara aquí. Ya lo pasaba mal antes y no quiero pasarlo mal aquí también.

Como ya tengo todos los libros, se los meto en una bolsa y abro su ficha.

—Tienes tres semanas para devolverlos. Veo que pediste algunos libros. Ya están. ¿Quieres llevártelos?

—Sí, me llevare todo. Vienen a ayudarme.

—Muy bien, voy a buscarlos.

Los encuentro enseguida y al volver veo que Blanca está hablando con Paco y se están riendo, me acerco y nuestras miradas se encuentran.

—Hola, ¿cómo va tu día? —me dice Paco, mirándome.

—¡Pero bueno!, ¿sabías que estaba aquí?

—Pues sí, compartimos casa.

—Increíble, en esa casa aceptan a cualquiera.

—No te pases, no seas mala. Discúlpate.

—Aquí tienes tus libros, todos se entregarán dentro de tres semanas. Buen día —ni me despido de ninguno de los dos.

—¿En qué puedo ayudarle? —le pregunto a un chico que está a su lado, me entrega un papel, voy al ordenador y veo como se van. Paco me mira y yo retiro rápido la mirada.

El día se ha vuelto gris y por fin he terminado. Voy a casa donde Claudia y Nery me están esperando. Les doy de comer y juego con ellas un rato hasta que llega Vivian y me puedo retirar a mi habitación.

Llamo a mi madre y me dice que tiene doble turno toda la semana, pregunta por mi día, pregunta por Paco y le digo que todo bien.

—Hola, ¿puedo pasar? —veo que es Paco y me despido de mi madre.

—Sí, ¿nos vamos ya? —veo que está muy elegante, yo me he puesto un vestido azul, mi chaqueta fina, unas bailarinas y me he ondulado un poco el pelo.

—Estás muy guapa.

—Tú también, sé que a tu madre le gusta ir a sitios refinados.

—Muchas gracias, pero antes de irnos quiero disculparme.

—No tienes por qué disculparte, es ella quien dijo esas cosas, no tú.

—Ya lo sé, pero ella no tiene educación. Tú no le has hecho nada y no tiene por qué hablarte así.

—No pasa nada, no tienes por qué dar la cara por ella, y menos defenderme, no soy nadie,

—Sí lo eres, no digas eso.

—Bueno, ¿nos vamos?, que tengo hambre —me mira y sonrío. Llegamos enseguida al restaurante y antes de entrar me coge de la mano.

—Gracias otra vez —me mira a los ojos y sonrío.

—Bueno, vamos allá.

La veo nada más entrar y vamos cogidos de la mano hasta que va a saludarla.

—Mamá, ella es Emma, una buena amiga.

—Encantada de conocerla, señora —le tiendo la mano y ella me saluda con mucha fuerza.

—El placer es mío.

—¿Qué estudias? —me dice mientras nos sentamos en una mesa redonda. Paco se sienta lo más cerca que puede de mí.

—Estudio documentación y literatura inglesa.

—Oh, qué bien, tiene muchas salidas.

—Sí, muchas.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Compartimos casa, mamá.

—Mira que me parecía raro que conocieras a alguien así, siempre va con gente peculiar.

—Mamá.

—No, lo digo porque no es la clase de chicas que sueles frecuentar. Ella es muy guapa, pero siempre te he visto con chicas más... Ya sabes.

—Mamá, ¿a qué viene eso? —por debajo de la mesa le cojo la mano a Paco porque se está alterando.

—Señora, no sé por qué dice eso, pero todas las del piso estudiamos diferente carreras y todas somos muy buena gente.

—No lo dudo, pero no lo digo por eso, te veo muy mona y pareces encantadora. Al verte creía que érais pareja y me había ilusionado. No me gustaba que saliera con esa Blanca.

—Pues ya sabes que lo dejamos hace mucho.

—Ya, pero te hizo tanto daño... No quiero que vuelvas a sufrir.

—No, mamá.

Pasamos una comida muy entretenida. En muchos momentos nos hemos cogido de la mano, pero todo ha salido bien.

—Ha sido un honor conocerte, Emma, podríamos quedar otro día. Estoy muy contenta de ver a mi hijo tan alegre otra vez.

—Lo mismo digo, cuando quiera. Su hijo es muy alegre y muy buena persona, puede estar muy orgullosa de él.

—Y lo estoy, aunque se lo digo poco y sé que puedo llegar a cabrearle mucho.

—Tranquila, yo estaré a su lado y se lo recordaré.

Nos despedimos de ella y nos vamos a una heladería que hay en frente.

—Todo bien, ¿verdad?, ha resultado muy simpática.

—Ha sido muy raro, la he visto muy simpática.

—Sí, yo pensaba que era más mala y en cambio es un encanto.

—No sé, ha sido raro. Gracias por venir y decirle esas cosas —nos quedamos mirándonos.

—Ha sido un placer, déjame invitarte a este helado.

—No, un caballero invita —nos reímos y disfrutamos del helado.

—Madre mía, cómo llueve, menos mal que he aparcado cerca.

—Pues sí.

Salimos corriendo hasta el coche y llegamos empapados. Al llegar a casa nos ponemos algo seco y cada uno se va a estudiar. Sobre la hora de cenar yo me encargo de las pequeñas porque sus padres están estudiando, después de cenar las ayudo con los deberes y jugamos un rato hasta que se duermen.

Termino en mi cama agotada, pero en mitad de la noche un trueno me despierta. Busco mi linterna y recuerdo que está en el salón. Estoy temblando porque odio las tormentas y me dan miedo. Está todo oscuro, y de repente veo a alguien en la cocina. Me doy un gran susto, pero alguien me abraza y me tapa

la boca para que no despierte a todos.

—Soy yo, cálmate —me dice al oído Paco. Me gira, veo sus ojos y le abrazo más fuerte.

Estamos abrazados y me lleva al sofá.

—¿Ya estás mejor?, perdona por asustarte.

—No, tranquilo, buscaba mi linterna —está donde los dibujos de las niñas.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a las tormentas? —nos miramos y de repente suena otro trueno. Yo me estremezco y Paco me abraza.

—¿Tú vienes ahora de trabajar? —le digo desde su pecho y miro arriba para mirarle.

—Sí, hoy la gente quería salir con esta tormenta.

—Sí, estás empapado, ¿te estabas preparando algo caliente?

—Sí, pero primero voy a cambiarme.

— Yo te lo preparo. Ve, anda.

Veo como se va y yo hago dos chocolates calientes y los llevo a su habitación. Con cada trueno me estremezco. Justo en el último llega Paco y me abraza, esta vez está sin camiseta. Solo lleva los calzoncillos. Cuando pasa, coge su taza, bebe un poco y lo saborea.

—¿Te quieres quedar aquí?, no me importa, de verdad.

—¿Me lo dices de verdad?, ¿no te importa?

—No —abre la cama para que me meta dentro y después de terminar el chocolate nos acurrucamos.

—¿Estás muy cansado hoy?

—La verdad es que sí. ¿Y tú?

—También. Hoy el día ha sido largo.

Nos acurrucamos y en cada trueno me abrazo a él y él hace lo mismo.

—¿Sabes?, mis padres también me dejaban estar con ellos en las noches de tormenta. Gracias.

—Siempre que quieras puedes venir, no me importa, estoy muy a gusto.

Nos miramos y me abrazo más a él. Sé que puede parecer raro eso de estar tan cómodo con una persona con quien apenas tenía relación.

Las semanas pasan muy rápido y casi todos los días he ido a dormir con Paco. Me estoy acostumbrando a él. Y él a mí, porque un día no fui y apareció en mi habitación y nos acurrucamos en mi cama que, a pesar de ser pequeña, no estuve incómoda. Estuve muy a gusto, la verdad.

Cada día Paco y yo estamos más unidos. Los tres fines de semana que no hemos ido a casa me ha llevado a muchos sitios y nos hemos llevado a las niñas con nosotros. Sus padres nos adoran, gracias a nosotros han adelantado mucho en los estudios.

Ya estamos en octubre y el tiempo acompaña. Hace fresco y las hojas se están cayendo. Hoy me toca estar de tarde en la librería y es muy diferente. Hay mucha gente y mucho trabajo. Sin darme cuenta, termino la jornada y son más de las once de la noche. Al salir me encuentro con Paco esperándome.

—No sabía que estabas aquí.

—Me ha dicho Vivian que hoy tenías turno de tarde y he querido recogerte.

—Muchas gracias, ha sido un cambio de última hora.

—Bueno, vamos, que parece que va a llover.

Salimos corriendo y al llegar al coche nos estamos riendo. Al entrar, pone la calefacción y la música.

—¿Quieres ir a tomar algo? —miro el reloj y ya son casi las once y media.

—Es muy tarde, otro día, ¿vale? Te lo prometo.

—Pues otro día, hoy duermes conmigo, ¿verdad? —nos miramos,

—Sí, claro que quiero. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, dime.

—Esto de dormir juntos, ¿no lo ves raro?

—¿Por qué? Somos dos personas adultas que son amigos y que duermen

juntas. No veo nada malo en ello, ¿tú sí?

—No, para nada.

Nos miramos y durante el viaje a casa hablamos de nuestro día. A los dos nos ha ido bien.

Cuando subimos a casa, las niñas nos reciben corriendo para abrazarnos. Nos cuentan que este fin de semana se van a una casa rural y pasearán con los caballos. Están muy ilusionadas.

—Nos han hecho una oferta especial, así que vamos a aprovechar —nos dice Rubén—. Las niñas podrán estar con los caballos todo el día: dan clases —nos dice Mateo.

—¡Mirad qué bonito! —nos dice Vivian. Nos enseña unas fotos en el móvil y la verdad que sí es muy bonito. Está a las afueras: a una hora.

—Sí, tiene que ser bonito —dice Paco.

—Si queréis, podéis veniros. La casa tiene cinco habitaciones, las niñas estarán bien si duermen juntas y como hay dos camas en la habitación no hay problema.

—A mí me encantaría, y sería divertido lo de montar a caballo —digo mirando a las niñas que nos están mirando.

—A mí también me gustaría —dice Paco. Nos miramos y sonreímos.

—Pues hecho. Dentro de una semana nos vamos —dice Carla.

—Bueno, decidnos cuánto tenemos que pagaros por la estancia, la comida y la gasolina —digo yo.

—Nada, no tenéis que pagar nada. Bastante hacéis cuando os quedáis con las niñas. Todos pensamos igual —dice Carla, y todos asienten.

—Bueno, por lo menos la gasolina —dice Paco.

—Bueno, ya hablamos de ello —dice Rubén.

Los chicos se levantan, se van a tomar algo a la cafetería de abajo y se llevan a las niñas.

Entonces nos quedamos Carla, Vivian y yo. Nos preparamos unos helados con todo tipo de cosas por encima y nos sentamos en el sofá a ver una película de chicas.

—Bueno, dinos, ¿qué hay entre Paco y tú? —me dice Carla, pero sé que Vivian también se lo pregunta porque las dos me miran muy intrigadas.

—Pues solo somos amigos.

—No me lo creo, a ti te gusta, ¿verdad? —me pregunta Vivian.

—Por favor, que esto no salga de aquí.

—Tranquila, no contaremos nada —dicen las dos a la vez.

—Mira, siempre me ha gustado, pero él salía con Blanca.

—Sí, la conocemos —dice Vivian.

—Siempre hemos estado en mundos diferentes y Blanca siempre ha sido su novia.

—Pero tengo entendido que solo eran amigos y que ahora ella está con otra persona —dice Carla.

—Les he visto en varias ocasiones juntos y yo creo que quiere volver con él —digo yo.

—No lo creo, Paco es un buen chico y desde que tú estás aquí le veo más contento y parece más aplicado en los estudios —dice Vivian.

—Sí, yo le veo más feliz y centrado. Ella le hizo mucho daño —dice Carla.

—Mirad, siempre le he conocido teniendo una sonrisa para todo el mundo, y la verdad, yo no soy su tipo de chica. Siempre le he visto rodeado de chicas muy guapas, la verdad.

—Mira, solo te decimos que no te rindas, por mucho que Blanca siga en su vida, Paco nunca será como ella. Te garantizo que le gustas a Paco —dice Vivian.

—Además, mira cómo se preocupa por ti. Con ninguna de las que vivimos aquí ha hecho tanto —dice Carla.

—No creo que sea cierto, él es muy bueno —digo yo.

—Te lo decimos de verdad, es más atento contigo, y ¿sabes?, no ha salido con nadie desde hace mucho tiempo, por algo será —dice Vivian.

—La verdad es que desde que hemos empezado el curso no le he visto salir con nadie, y eso que muchas chicas se le acercan —digo yo.

—¿Ves?, eso significa algo —dice Carla y nos reímos.

Nos ponemos la película romántica y comemos el helado tranquilamente. Justo cuando ya termina vemos aparecer a los chicos con las niñas.

Todos se saludan y se retiran a sus habitaciones para prepararse para dormir, yo recojo un poco el comedor y Paco me ayuda. Terminamos enseguida.

—¿Qué tal la película? —me dice Paco.

—Muy bonita, romántica. ¿Y vosotros, qué tal? —le digo, y le sonrío.

—Pues muy bien, hemos ganado al fútbol y luego las niñas nos han ganado a los dardos.

—¿Habéis dejado a las niñas jugar con dardos?

—Son de goma, tranquila —me dice Paco, sonriendo.

—Este fin de semana no vas a casa, ¿verdad?

—No, mi madre trabaja. Aprovecharé para estudiar. ¿por qué lo preguntas?

—Mi madre me ha preguntado si me gustaría ir a casa, y la verdad, si vinieras te lo agradecería.

—Tu madre se portó muy bien el otro día, ¿no le importará que vaya?

—No, ya se lo pregunté y me dijo que le encantaría que vinieras.

—Sí, me gustaría ir, así podría ir a ver a mamá, aunque sean cinco minutos.

—Vale, pues saldremos el sábado por la mañana temprano.

Las semana pasa muy deprisa y sin contratiempos. El sábado llega enseguida, salimos temprano y sin hacer mucho ruido. El viaje se hace ameno con la música que pone Paco.

—Si ves que mi madre te agobia o te sientes incómoda me lo dices —me dice Paco antes de bajar del coche.

—Lo mismo te digo, puedo sacarte de aquí si quieres y vamos a casa de mi madre.

Entramos en una casa grandísima y muy bonita, por dentro y por fuera. Nada más entrar nos recibe su madre.

—¿Qué tal el viaje? Me alegra que hayas podido venir, Emma.

—Muchas gracias por invitarme, señora.

—Por favor, Adela.

—Adela, tiene una casa preciosa.

—Muchas gracias, tendrás ocasión de verla.

Nos adentramos dentro y nos asignan las habitaciones. Paco va a su habitación de siempre y a mí me llevan a una que está al lado.

—He pensado que mejor que estés cerca, te hubieran mandado al final del pasillo —me dice Paco.

—Pues muchas gracias, mejor a tu lado —nos miramos y me sonrojo.

—Bueno, si queréis almorzar con nosotros estamos en la terraza —dice Adela, dejándonos solos.

—Vaya, qué casa más grande —digo mirando todo.

—¿Sabes?, me he sentido muy perdido en esta casa, por lo grande que es, pero hay una cosa que te encantará, bueno, dos. Ven —me coge de la mano y me lleva a la planta de abajo—. Tienes que confiar en mí. Cierra los ojos —cierro los ojos y se sitúa detrás de mí, muy cerca, y su mano tapa mis ojos. Yo pongo una mano con la suya en mis ojos, la otra la pone en mi cadera y la otra la pongo en mi pecho.

Me lleva a una sala de ese piso. Vamos despacio.

—¿Dónde me llevas?, Paco.

—Tú tranquila, te encantará, confía en mí. Siéntate aquí —me dice

guiándome a un sillón muy cómodo sin quitarme la mano de los ojos.

—¿Dónde estoy?

—A la de tres abre los ojos —me dice. Contamos hasta tres y al abrirlos me quedo impresionada.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Es preciosa.

Paco me ha llevado a la biblioteca de sus padres: es preciosa. Tiene unos ventanales enormes por los que entra mucha luz natural. Las estanterías son de techo a suelo y en el medio hay una mesa redonda con unos cuantos libros, luego hay tres sofás pequeños en cada rincón de la biblioteca. Recorro cada rincón mirando los títulos, la mayoría los he leído, pero otros no, aunque me suenan.

—Paco, esto es precioso, de verdad.

—Sabía que te gustaría, puedes coger el que quieras.

Me pongo a mirar y miro a Paco.

—Muchas gracias, es un sitio precioso.

—Pero tengo algo más que enseñarte. Tranquila, podrás volver —nos reímos y me coge de la mano para llevarme al jardín.

—En serio, debo estar soñando —es lo que digo cuando salgo al jardín y veo a Paco mirar arriba: es la casa árbol más bonita que he visto.

—Paco, ¡qué aventuras habrás corrido aquí!

Me ayuda a subir y cuando entramos dentro todo parece pequeño pero muy bien organizado. Se nota que pasaba tiempo aquí.

—Este sería un sitio estupendo para las chicas —me mira y se ríe, pero niega con la cabeza.

—Pues aquí no ha entrado ninguna chica, que lo sepas.

—Ah, perdona, entonces traías a tus colegas.

—Sí, a ellos sí —nos reímos, nos acomodamos y miramos las vistas que

hay desde aquí.

—Me hubiera gustado tener un sitio así para poder leer.

—Me hubiera gustado invitarte. ¿Sabes?, hemos sido tontos. Podríamos haber sido amigos desde siempre y hemos perdido mucho tiempo.

—Bueno, no miremos el pasado, ahora sí somos amigos, ¿verdad? Pues ya está.

—Sí, la verdad. ¿Sabes?, cuando estuvimos encerrados en el instituto recordé muchos momentos en los que tuvimos la oportunidad de hablar y empezar una amistad.

—Yo gracias al encierro he podido descubrir que eres una buena persona , aunque ya sabía que lo eras.

Nos quedamos mirándonos, nos reímos y oímos como su madre nos llama. Bajamos corriendo y nos dirigimos al jardín donde hay una mesa con un montón de comida.

—Podéis comer lo que queráis, tu padre bajará enseguida.

—No sabía que estaba en casa.

—Sí, le dije que vendrías y ha decidido quedarse.

Nos sentamos juntos y empezamos a comer. Su madre nos pregunta sobre los estudios y al rato viene su padre, se llama Pedro y es la viva imagen de Paco.

—Pedro, te presento a Emma, una amiga de tu hijo —dice Adela

—Encantada de conocerle.

—Lo mismo digo, Emma. Bueno, ¿cómo van los estudios? —dice Pedro.

—Padre, van bien. Te dije que lo haría y lo haré.

—Ya lo sé, hijo. Emma, ¿qué estudias? —dice Pedro.

—Literatura inglesa y documentación.

—¿Quieres ser escritora? —dice Pedro.

—Me gustaría, pero de momento quiero trabajar. Me gustaría trabajar en la

biblioteca, me encantan los libros.

—¿Has visto nuestra biblioteca? Está mal decirlo pero es muy completa — dice Pedro

—No, tiene razón. Tienen una biblioteca muy bonita, he visto algunos libros y tiene muy buenos.

—Muchas gracias, llévate el que más te guste y seguro que volverás a por más —dice Pedro.

—Muchas gracias, lo haré.

—Entonces, ¿sois amigos? —dice Pedro

—Sí, padre. Nos conocemos desde siempre, pero es ahora cuando estamos más unidos.

—La verdad es que tu cara me suena —dice Pedro

—Vivo en la zona este y mi madre es enfermera en el hospital.

—¿Y tu padre? —dice Pedro

—Mi padre falleció hace años, pero siempre solía ir a su restaurante, le gustaba mucho.

—Lo sentimos mucho —me dicen los dos a la vez. Paco me da la mano y me la aprieta.

—Tranquilos, han pasado muchos años, aunque sigue doliendo.

—¿Te puedo preguntar cómo? —dice Pedro.

—Padre, por favor —dice Paco.

—No, tranquilo, debo hablar de ello. Fue en un accidente de coche, yo iba con él.

—Lo siento, de verdad —dice Pedro.

—Bueno, ¿por qué no nos contáis más cosas de la universidad? —dice Adela. Y gracias a ella la conversación cambia completamente.

Me doy cuenta que la familia de Paco es muy diferente a la mía. Sé por qué Paco no quiere venir mucho: sus padres le agobian mucho, y lo noto porque yo

me siento un poco agobiada también. Durante muchos momentos nos hemos apretado las manos y hemos intentado cambiar de temas.

—¿El baño, por favor? —digo levantándome.

—Al fondo del pasillo —me dice Adela.

—Yo te acompaño —me dice Paco levantándose y guiándome por el pasillo—. Menos mal que te has levantado, no sabía cómo salir.

—Te estaba mirando y sabía que lo necesitabas.

—Bueno, ¿dónde quieres ir? ¿O prefieres quedarte en la biblioteca?

—¿Te molestaría que me quedara?

—No, si estoy contigo —nos miramos, nos reímos y Paco me lleva a la biblioteca. Escojo un libro y mientras busco puedo sentir cómo me observa. Me siento nerviosa cerca de él. Por lo que dice parece que le gusto, pero me da miedo pensar que solo son cosas mías.

—Bueno, ¿cuál te gusta? —se arrima a mí y le enseño el que he elegido—. ¿Es romántico?

—Sí, este me han dicho que es muy bonito, en la forma que se conocen y transcurre la historia, pero el final es inesperado.

—Entonces, ¿nos vamos a la cabaña?

—Sí, vale, pero mientras leo, ¿qué vas a hacer tú?

—Pues tengo que estudiar. Aprovecharé.

Nos vamos a la cabaña y cogemos bebidas y algo para picar. Al subir, nos acomodamos y cada uno se pone a lo suyo. Durante todo el tiempo nos miramos, pero volvemos cada uno a lo nuestro. Empezamos cada uno a un lado de la cabaña y acabamos uno al lado del otro. Yo leyendo en voz alta y el acariciándome la oreja, que por cierto, me encanta.

Al rato estoy apoyada en su hombro y cuando le voy a mirar veo que está dormido. Me muevo con cuidado, le arropo y no puedo evitar mirar su cabello castaño y corto y su piel morena por el sol. Le retiro un poco el pelo y

recuerdo las dos horas que pasamos juntos los dos solos. Me parece que he desperdiciado mucho tiempo evitándole creyendo que le caía mal y que no teníamos nada en común.

¡Qué equivocada estaba! Paco es una persona maravillosa, y si no fuera por los prejuicios y, ¿por qué no decirlo?, mi orgullo... No quiero dar el paso y que luego salga mal. Le daría el primer beso que siempre quise darle: es y será el primer y único chico que me ha gustado.

—Hola, ¿estás bien? —me dice Paco, y me doy tal susto que me caigo de espaldas y mi libro sale volando.

—Lo siento, no quería asustarte —me dice ayudándome a ponerme de pie.

—No, tranquilo, estoy bien. Será mejor que me vaya a mi habitación —y sin pensármelo recojo mis cosas, le doy un beso en la mejilla y salgo corriendo. Antes de entrar en la casa me giro y veo a Paco recoger todo mientras me mira.

Me doy una ducha rápida y al salir me choco con Paco. Parece que está con un pantalón corto, pero al fijarme mejor veo que son sus calzoncillos. También está sin camiseta.

—Hola, solo quería desearte buenas noches. Y si necesitas algo puedes pasar a mi habitación. No está cerrada.

—Vale, gracias y buenas noches.

Paso a su lado y me voy a mi habitación, coloco mis cosas y llamo a mi madre para decirle que mañana voy a verla al hospital un rato.

Durante la noche doy muchas vueltas. Parece que me falta algo y sé lo que es. No puedo evitarlo, sin él no puedo dormir, así que cojo mi mantita y voy a su habitación. Al entrar veo la luz encendida del móvil: está escuchando música. Me agacho, me meto a su lado y él se da la vuelta y me mira.

—Has tardado mucho.

—No sabía si venir, es la casa de tus padres y pueden interpretar cosas que

no son.

—A mí me da igual lo que piensen, ya soy mayorcito.

—Pero sigue siendo su casa, Paco. Aquí son sus normas.

—¿Sabes?, eres una persona muy buena, no deberías ser mi amiga, soy mala influencia para ti —nos miramos y nos reímos.

—Yo hago lo que quiero, tú no me obligas a nada, simplemente me he acostumbrado a estar contigo y no debería.

—¿Por qué no? Estamos bien.

—Sí, pero no quiero hablar de ello ahora. Mejor dormimos.

—Sí, claro.

Nos acomodamos, él apaga el móvil, me arrimo más a él y él se arrima a mí. Nos damos las buenas noches y el sueño nos vence, y con nuestras respiraciones al compás nos dormimos.

El sol entra por la ventana y me da en la cara. Abro los ojos despacio, estiro la mano en la cama y estoy sola. Oigo la ducha.

Me siento en la cama y miro el móvil de Paco para ver la hora: son las ocho y media. Me estiro y él aparece por la puerta con una toalla enrollada en la cintura. Tiene el cuerpo todavía mojado. No debería salir así, me digo a mi misma.

—Buenos días, ¿no te habré despertado?

—No, tranquilo —este chico no sabe lo nerviosa que me pone verle así. Coge su teléfono y empieza a escribir sin ningún pudor. Está tranquilo, mientras yo me pongo a hacer la cama para no mirarle.

—¿Qué piensas hacer hoy? —me dice mirándome y dejando el móvil en la mesita.

—Pues voy a ver a mi madre y luego daré un paseo, no quiero pensar en nada.

—Yo he quedado con unos amigos, si te quieres venir estaremos en el Club.

—A mí no me apetece ver a tus amigos, no te ofendas.

—No, tranquila. Pues quedamos luego y te voy a buscar.

—Tranquilo, puedo coger un taxi o una bicicleta. He visto que tenéis.

—No, prefiero ir a buscarte.

Nos miramos y Paco se acerca a mí. Tiene el pelo muy mojado y le cae el agua por el cuerpo.

—¿Sabes?, deberíamos haber sido amigos mucho antes —me da un beso en la mejilla y se va al baño con la ropa que estaba doblada en una silla.

Me toco donde me ha besado y me pregunto a qué ha venido eso. Yo siempre he sido muy tímida en el colegio, he tenido pocos amigos, pero eso no me ha importado. Siempre que le veía mi corazón se aceleraba y me ponía nerviosa. Ahora me sucede lo mismo. Nunca he tenido valor por miedo al rechazo, por el miedo a que él nunca ha estado con una chica tan sencilla como yo. Blanca es tan guapa y diferente a mí...

Me voy a mi cuarto y me visto para salir. Al bajar veo a Adela en la biblioteca.

—Buenos días, Adela.

—Buenos días, Emma. Ven, por favor, quisiera hablar contigo un momento.

—Sí, claro. Dígame.

Nos sentamos en los sillones al lado de las ventanas.

—Te gusta mi hijo, ¿verdad? Sé que no debería hablar de ello, pero veo como os miráis.

—Solo somos amigos, nada más.

—Yo creo que estás equivocada. Nunca he visto a mi hijo tan feliz y entusiasmado. Está diferente.

—No sé, pero seguro que no es por mí. Siempre ha salido con chicas muy diferentes a mí, ¿verdad?.

—Si te digo la verdad, siempre que ha venido con chicas a casa iba con

más gente. Y nunca me ha dicho que tuviera novia, la verdad.

—Y a Blanca, ¿nunca la trajo?

—Sí, pero siempre con más gente, y nunca me ha dicho que saliera con ella.

—Se decía que fueron novios desde el colegio. Qué raro.

—Mira, lo único que sé es que veo muy feliz a mi hijo y es lo más importante, y te puedo decir que eres un encanto de niña, valórate más.

—Muchas gracias. La verdad es que siempre me ha gustado su hijo. Es una persona buenísima con los demás, y esa imagen que tenía de él en el colegio cambió totalmente cuando estuvimos encerrados en el instituto.

—¿Fuiste tú? Lo sabía.

—¿A qué se refiere?

—Que deberías contarle a mi hijo tus sentimientos, aprovecha cada momento.

Se levanta, me abraza y después me mira.

—Me alegra saber que hay una persona que cuidará a mi hijo y le hará feliz.

Y con esas palabras sale de la biblioteca y me deja con la duda de todo lo que me ha dicho.

Llevo fuera como unas dos horas. He ido a ver a mis amigos que han venido a pasar el fin de semana y después he ido a dar un paseo por el pueblo. Mi madre me llamó para decirme que en veinte minutos tenía descanso, y he ido al hospital.

Le he contado todo lo que Adela me ha dicho y se ha reído.

—¡Pero bueno, mamá!, ¿por qué te ríes? Es muy serio.

—Mi niña, cuando os vi juntos pensé lo mismo, hacéis buena pareja, y Paco es un chico genial para ti. Sé que es el chico que siempre te ha gustado. Cuando fui a recogerte el día que te quedaste atrapada nunca te había visto tan contenta, y estos meses estás muy cambiada. Estás más feliz y me alegro

mucho por ti.

—Pero bueno, ¿hoy me decís todos lo mismo?

—Emma, ¿por qué no te arriesgas y das el paso?

—Me da miedo. ¿Y si él no siente lo mismo? Me gusta ser su amiga y esto lo complicaría todo.

—Tú verás. Pero pienso igual que Adela, que deberíais arriesgaros.

Cambiamos de conversación, y al cabo de un rato me dirijo al paseo cerca del lago para leer un rato.

Me siento en un banco y desde allí veo a mucha gente divirtiéndose, pero yo me centro en mi lectura. Llevo como dos capítulos cuando alguien me quita mi libro y, al levantar la vista, veo a Paco riéndose.

—Eh, ¿qué haces aquí? —y le arrebató mi libro de las manos.

—Me figuraba que estarías por aquí y quería verte.

—Te cansarás de mí, nos vemos todo el rato. ¿Y tus amigos?

—Me aburría y quería proponerte un plan.

—A ver, dime.

—¿Qué te parece si vamos al cine y después a cenar? —me lo pienso un rato y veo que se está poniendo nervioso.

— Sí, me gustaría mucho, pero antes me gustaría hablar contigo un momento de algo importante.

—¿Por qué no disfrutamos primero de nuestros planes y esta noche me cuentas eso tan importante?

—Vale, como quieras.

Nos vamos a casa y los dos nos ponemos guapos para salir. La verdad, estoy nerviosa. Me he puesto mi vestido favorito; es verde, sin mangas, hasta las rodillas y tiene tablas y unas flores. Me he puesto una chaqueta fina y me he dejado el pelo suelto.

—¿Estás lista? —me dice Paco cuando se asoma por la puerta. Está muy

guapo, va con una camisa blanca y un pantalón negro.

—Sí, ya estoy —al mirarme se ríe.

—¡Qué guapa estás!

—Muchas gracias.

Nos dirigimos a la puerta principal cuando sus padres nos ven.

—¡Pero bueno, qué pareja más encantadora! —dice el padre de Paco.

—Sí, estáis muy elegantes —dice Adela.

—Vamos al cine y después a cenar.

—Me parece estupendo, ¿quieres mi moto? —dice el padre de Paco. Yo tiemblo por la moto, me dan mucho miedo.

—Sí, porque así encontraremos aparcamiento antes —coge las llaves, nos despedimos y nos vamos, y al cerrar la puerta no puedo dejar de pensar en lo asustada que estoy. Me detengo y Paco se gira y me coge de las manos.

—¿Qué te pasa?

—La moto, me da miedo.

—Tranquila, estás conmigo, no pasará nada. Si voy a la derecha me sigues, y si voy a la izquierda me sigues también. Iré despacio.

—No sé, Paco.

—Vamos a intentarlo, sino cogemos el coche. Te gustará, ya lo veras.

Nos vamos a donde está la moto, es muy grande. Paco se sube, se pone el casco y me dice que me arrime. Me ofrece otro casco y me ayuda a ponérmelo. En todo momento nos estamos mirando.

—Ve, súbete y ponte pegada a mí —subo, me coloco el vestido para que no se vea nada y me arrimo a él.

—Muy bien, ahora abrázate fuerte a mí —hago lo que me dice y lo agarro fuerte.

—Pero no tan fuerte, no puedo respirar —le suelto enseguida y se ríe.

—Lo siento.

—A ver, respira hondo y agárrate como si estuviéramos en la cama —hago lo que me dice y estoy tranquila.

—Muy bien, como vas a estar muy pegada a mí, sabrás cuándo ir a un lado y a otro, ¿vale? Tranquila —yo asiento y arranca.

Vamos de camino al cine y la verdad es que se va muy bien. En todo momento estoy y me siento segura con Paco a mi lado. Apoyo mi cabeza en su espalda y siento su respiración a pesar del ruido.

Cuando llegamos, me siento tan a gusto que me cuesta despegarme de Paco.

—¿Qué tal tu primer viaje en moto? —me ayuda a quitarme el casco sin bajarnos de la moto.

—Si te digo la verdad me ha gustado mucho, podemos dar una vuelta más larga luego.

—Lo que tú quieras —y nos reímos.

Me ayuda a bajarme de la moto y nos vamos al cine. Él se ofrece a pagarme la entrada y yo pago las palomitas, las bebidas y alguna golosina.

Vamos a ver una de acción y durante la película no puedo evitar mirarle. También él me mira y nuestras manos se encuentran cuando comemos palomitas, ya es algo natural porque cuando no hay palomitas unimos nuestras manos el resto de la película.

Cuando termina, vamos a los baños y quedamos en la puerta de salida. Yo soy la primera en salir y cuando estoy esperando me encuentro con Carlos.

—Ey, hola —nos damos dos besos y me cuenta que ha quedado con su novia para cenar. Por el rabillo del ojo veo que Paco nos mira, y al ver que le he visto se acerca.

—Hola, Carlos —se dan la mano.

—Hola, Paco. Bueno, me voy. Nos vemos —se va corriendo hablando con el móvil.

—Te digo yo que este quiere algo.

—¿Por qué dices eso? Solo somos amigos.

—Que no, que este quiere otra cosa. ¿Has visto cómo te mira y se arrima a ti?

—Tú también te arrimas mucho y no pasa nada —se queda mirándome y se ríe.

—Pero yo puedo, él no.

—¿A qué te refieres?

—Dejémoslo. Vamos a cenar —me coge de la mano y nos vamos hasta la moto.

—¿De verdad que no has tenido nada con él?

—Otra vez con lo mismo. No, ya te lo dije, me gustaba otra persona.

—Es que no puedo con él, lo siento.

—Paco, mírame —nos miramos y veo que está enfadado. Me ayuda a ponerme el casco.

—Siento ponerme así.

Me ayuda a subirme a la moto, y cuando está arrancando la moto se lo digo:

—¿Sabes?, tiene novia. No tienes por qué ponerte celoso —él acelera y yo me agarro fuerte a él.

Cuando llegamos al restaurante y apaga el motor no me habla. Me ayuda a bajar de la moto y al mirarnos a los ojos para quitarnos el casco veo que ya no está enfadado, pero no me dice nada.

Nos dirigimos a nuestra mesa y nos sentamos uno frente al otro. Al lado hay una pared con muchas fotos de clientes. Ya sé que restaurante es. Tienen la manía de fotografiar a todos sus clientes y ellos dejan una frase. Un día vine aquí con mis padres, pero han cambiado la decoración y no me acordaba.

—¿Sabes?, vine aquí con mis padres hace tiempo. Tenemos que estar por aquí —señalo las fotos.

—Nosotros también —nos buscamos y yo asiento. Tardamos un rato en

encontrarnos, y por lo visto, tenía que ser por la misma época porque teníamos la misma edad. Al ver lo que escribimos vemos que fue el mismo día.

—¡Qué casualidad!, ¿verdad? —y miro la foto con mi padre.

—Le echas de menos.

—Todos los días. Y cuando miro la cicatriz más —me palpo mi cadera, le miro y me coge de la mano fuerte.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Muchas gracias por traerme, me gustó mucho ese día y me lo has recordado —sonreímos y el camarero viene a tomar nota. Pasamos la cena hablando de la película y de cuántas películas hemos visto y cuáles nos gustan.

—Me lo estoy pasando muy bien, gracias.

—Yo también, de verdad. ¿Quieres que demos esa vuelta en moto?

—Me encantaría.

Y cuando vienen a por la cuenta vemos que traen la cámara. Paco viene a mi lado y nos hacen la foto, pero en el último momento se gira y me da un beso en la mejilla. Ese gesto se ha plasmado en la foto y me encanta. El camarero ha puesto la fecha y nos dice que escribamos algo detrás. Es una tradición nueva.

—¿Qué te parece «por un comienzo»? —me quedo mirándole y asiento con la cabeza.

—Es muy bonito.

Lo escribe, pagamos la cuenta y nos vamos en la moto en un paseo precioso porque vemos el lago iluminado por la luna y las estrellas. Como tengo más confianza puedo mirar alrededor y disfruto del paisaje al lado de la persona que me ha devuelto la sonrisa y las ganas de vivir. Y cada día más.

Aparcamos enfrente de su casa y me ayuda a bajar. Caminamos hasta la entrada cogidos de la mano y antes de que abra le cojo la cara y le beso en los labios. Nos quedamos mirándonos, y como no puedo esperar la respuesta me

voy corriendo a mi habitación.

Me pongo el pijama y me meto en la cama recordando este día, por si mañana todo es diferente, y cuando ya casi estoy dormida siento el aroma de Paco a mi lado. Se tumba conmigo, yo me hago la dormida y siento que me abraza y se acomoda. Eso me llena de alegría porque por lo menos eso no ha cambiado.

Me despierto y al girarme veo a Paco a mi lado. Observo como duerme, y de repente abre los ojos. Me asusto y se ríe.

—Perdona, no quería asustarte.

—No, tranquilo. Buenos días.

—Buenos días, ¿estás bien?

—¿Y tú?

—Yo te he preguntado primero. Anoche saliste corriendo y quiero saber el motivo.

Me tapo con la sábana, pero él me la quita.

—Vamos, dímelo, por favor.

—No quiero que nada cambie, eres mi amigo y quiero que siga así, por favor. Aunque quiero que sepas que no me arrepiento de ese beso; quería dártelo.

—¿Sabes?, me gustó mucho, pero no me diste la oportunidad de decir nada.

—Porque fue un día muy bonito y no quería estropearlo.

—No lo hubieras estropeado, porque yo también quiero besarte —sin decir nada más se arrima y me besa. Es un beso lento y muy bonito. Al separarnos nos miramos, sonreímos y nos volvemos a besar, y esta vez con más intensidad.

Nos volvemos a mirar, nos levantamos, nos sentamos en la cama y volvemos a mirarnos. Nos volvemos a besar. Es como si hubiéramos estado esperando esto durante mucho tiempo, porque no puedo evitar tocarle la cara.

Él empieza a meter la mano por debajo de mi pijama, pero yo le paro.

—Perdona, yo...

—Tranquila, tenemos tiempo de sobra —y me besa muy despacio y suave.

Al cabo de un rato respiramos agitadamente y nos separamos para mirarnos.

—¿Sabes?, desde nuestro encuentro he deseado besarte.

—¿Qué?

—Ya me has oído, me gustas, Emma. Desde hace tiempo y desde que estuvimos atrapados no he podido dejar de pensar en ti.

—Y si te digo que me gustas desde siempre, ¿qué piensas?

—Que ese Carlos no tiene nada que hacer —me mira, me acaricia la cara y me besa otra vez.

—Te molestó que hablara con él, ¿a que sí? —le acaricio la cara y le cojo de la mano.

—Sí, estaba un poco celoso, la verdad —nos reímos, nos tumbamos en la cama y nos volvemos a besar.

—¿Sabes por qué fui a buscarte al parque ayer?

—Me dijiste que te aburrías.

—Era verdad, pero echaba de menos tu sonrisa, tus ojos... Todo —y cuando va diciendo todo me besa en la boca, el los ojos y me coge de la mano.

—Me gusta mucho estar contigo y cuando no estás me siento sola.

—Yo también. Habrá que buscarle solución, ¿no crees?

—Pienso lo mismo que tú —nos reímos, nos besamos y nos hacemos cosquillas. Y cuando me levanta la camiseta su mirada va a mi cadera.

—No la mires, es muy fea.

—De eso nada. Es preciosa y es parte de ti —me toca la cicatriz, me da un beso y yo me estremezco. Después me mira, vuelve a besarme y yo me río.

—Me encanta verte así; estás preciosa.

—¿Y tú por qué eres tan bueno conmigo? Desde que te conozco siempre me

has cuidado. ¿Por qué?

—No lo sé, hay algo en ti que me hace ser así.

Pasamos toda la mañana tonteando y cuando ya tenemos que volver, sus padres saben que estamos juntos y nos despiden diciéndonos que volvamos otro fin de semana, que quieren conocer a mi madre.

Yo me acerco a Adela y le doy las gracias por su consejo y ella me sonrío.

El viaje de vuelta es totalmente diferente, lo primero porque nuestras manos están juntas todo el tiempo, y lo segundo porque tenemos que parar a menudo porque no podemos evitar querer besarnos, por eso llegamos más tarde a casa. Antes de entrar por la puerta nos besamos, y no decidimos hacerlo público ni nada. Simplemente no sale el tema, pero nada más abrir la puerta las niñas se nos echan encima.

—Por fin estáis aquí —dice Nery.

—Estáis cambiados, más contentos —dice Claudia y los dos nos miramos y nos reímos. Después vemos a sus padres, yo me pongo con ellas a hablar y él habla con los padres.

Desde que llegamos hace más de dos semanas no hemos tenido tiempo de estar solos ni siquiera por las noches, porque las niñas querían estar conmigo y yo no sé decirles que no. Ni siquiera nos hemos vuelto a besar, y eso sí que lo echo de menos.

Ha llegado el fin de semana del viaje y esperamos tener un tiempo para nosotros, y justo cuando estoy haciendo las maletas en mi habitación siento que alguien se me acerca, y al girarme veo a Paco en el marco de la puerta. Entra, cierra la puerta y viene hacia mí riéndose.

—¿Sabes que llevamos semanas sin besarnos?

—Ya lo sé.

Y sin nada más que decir nos besamos. Es un beso salvaje y urgente. Los dos nos reímos. Él me coge en brazos y yo le rodeo con las piernas la cintura.

Nos apoyamos en la puerta y esos besos son más salvajes. Llega un momento en el que no podemos respirar. Nos separamos y simplemente nos miramos.

—En cuanto al viaje, ¿te echarías para atrás si te lo pido? —me dice Paco, sonrojado.

—Sabes que lo haría, pero tengo ganas de irme contigo a ese lugar. Seguro que tendremos tiempo de estar solos, además compartimos habitación, ¿lo recuerdas?

—Ah, sí, es verdad. Pues entonces nos vamos —y sin decir nada más me sigue besando.

Alguien llama a la puerta. Nos separamos enseguida, y al abrir vemos a las niñas que nos miran y se ríen.

—Perdona, Paco, pero las chicas tenemos que hablar. ¿Te importaría salir? —dice Nery. Nos quedamos mirándonos y nos reímos.

—Claro, que no dejo a mis chicas solas. Nos vemos abajo; no tardéis.

Las niñas me miran y sé que me quieren decir algo.

—¿Qué pasa con vosotras dos?, decidme.

—Veras, llevamos semanas mirando como os comportáis vosotros dos y creemos que paso algo entre vosotros —dice Claudia.

—Sí, no dejáis de mirarnos raro, como nuestros padres, pero eso lo hacías también antes —dice Nery.

—Pero antes no os dabais cuenta y ahora sí —dice Claudia.

—¿Me estáis diciendo que antes Paco me miraba sin que yo me diera cuenta? —las dos asienten.

—Vale, no puedo mentiros, pero de momento no digáis nada porque no sabemos cómo llevarlo —las dos asienten y se miran—. Veréis, estamos empezando una relación.

—Lo sabía —dice Nery

—Y yo, pero antes se lo he oído decir a mamá —dice Nery.

—¿Qué? —digo yo asombrada—. ¿Me estáis diciendo que todos lo saben?
—y ellas asienten con la cabeza.

Yo me río, salimos de la habitación y veo a todos en el comedor, menos a Paco, que viene por el pasillo con su mochila. Miro a todos y veo que las niñas ha tomado asiento en el sofá y me están mirando. Sin contenerme más voy hacia Paco y le beso. No es un beso casto ni de película. Hemos perdido dos semanas sin poder siquiera darnos la mano y este beso lo dice todo.

Todos nos aplauden, se ríen, nos reímos y nos miramos porque estamos abrazados.

—Por fin —dice Carla.

—¡Pero qué bonita pareja! —dice Vivian.

—Ya era hora, Emma —dice Rubén, y Vivian le tira un cojín.

—Le tenías loquito al pobre —dice Mateo, y Carla le da una colleja. Todos reímos.

—No, es verdad. No se arriesgaba a decírtelo por miedo a que echaras a correr —dice Rubén.

—Pues bien equivocado estaba: los dos queríamos lo mismo —dice Paco y me vuelve a besar.

—Será mejor que bajemos todos —dice Vivian. Nos guiña un ojo y todos la siguen con todas las maletas.

—No tardéis mucho, tortolitos —dice Mateo antes de cerrar la puerta.

Nos miramos y nos volvemos a besar. Esta vez caemos en el sofá, y aunque sabemos que nos esperan no podemos parar de besarnos.

—Para, Paco —le digo sofocada—. Será mejor irnos ya, porque si seguimos no sé si podré parar.

—¿Sabes?, cuando me has besado delante de todos me he sentido muy bien.

—Yo también, ya somos libres —nos reímos y nos besamos por última vez ante de bajar con los demás.

El viaje se hace corto porque estamos jugando con las niñas. Vamos todos juntos. Hemos alquilado un minibús para ir todos juntos, y la verdad, mejor así. Durante todo el camino Paco y yo nos hemos echado miradas como dos niños. Todavía no me creo lo que ha pasado.

Parece que estoy en un sueño, y no quiero despertar. Cuando llegamos, vemos que es un lugar muy bonito. Hay varias casas de madera, están en círculo y en medio hay una piscina muy grande. También hay parques infantiles, sitio para comer fuera y un restaurante a un lado. Todo está rodeado de vegetación y hay un lago enorme con unas barcas de color amarillo en un lado.

Las niñas salen corriendo y me dicen que vaya con ellas mientras los demás se instalan en la casa.

—Tened cuidado, que por la noche ya empieza a helar y puede ser resbaladizo —les digo a las dos niñas.

—Es muy bonito, y en verano debe de estar mejor. Podríamos venir —dice Claudia.

—Pues sí, no estaría mal. ¿Vendrías con nosotras? —me dice Nery.

—Claro que sí, será muy divertido.

Estamos un rato allí, volvemos y las niñas van al parque de juegos. Yo me quedo mirándolas, y en una de las casetas veo a Paco. Está hablando por teléfono y parece que está discutiendo.

Al vernos al cabo de un rato, Paco se acerca a nosotras y se sienta conmigo en un banco.

—¿Va todo bien? —le pregunto acariciándole la cara. Él me mira.

—¿Sabes?, no entiendo a la gente que miente para conseguir algo —me lo dice muy cabreado.

—¿A qué te refieres?

—A Blanca, le he contado que estamos juntos y ha empezado a decir

barbaridades. Me he enfadado con ella y le he colgado.

—Bueno, pues cuando estés más calmado llámala y habla con ella otra vez.

—¿Ves?, por eso me gustas tanto, porque tienes un corazón enorme —me coge de la mano y me la besa.

Miramos como juegan las niñas y después nos unimos a ellas. Paco vuelve a sonreír después de esa discusión con Blanca.

Ya nos hemos instalado, y la verdad, la casa es muy bonita; tiene cuatro habitaciones, un baño grande, un aseo, cocina americana y un salón grande.

Estoy colocando mis cosas en la habitación, cuando siento que alguien me mira y, al girarme, veo a Paco apoyado en el marco de la puerta mirándome.

—Hola, ¿qué pasa? —le digo. Él se acerca a mí y me abraza por la cintura.

—Quería abrazarte un rato —siento que me besa la cabeza y me abraza fuerte. Yo también le abrazo y estamos un rato así sin decir nada.

—Vamos, id a dar un paseo por la zona, ¿quieres ir con ellos o nos vamos los dos solos? —nos miramos y sonreímos.

—Quiero pasear contigo a solas, no les importará.

—Seguro que no, tranquila, termina con esto y voy a decírselo —se gira, pero antes de salir le cojo de la mano y me acerco a él para besarle en los labios.

Él sonríe y sale de la habitación. Termino de deshacer la maleta y cuando voy al salón no oigo a nadie: la casa está en silencio. Parece que ya se han ido, y cuando me asomo al porche veo a Paco sentado en el balancín con los ojos cerrados.

Me acerco a él despacio y me siento a su lado. Le miro y veo lo guapo que es. Al mirar sus facciones me doy cuenta que tiene una pequeña cicatriz cerca de la oreja. También me fijo que tiene otra cicatriz en la frente, es pequeña, pero ahí está. Sigo mirándole y le recuerdo de niño. No ha cambiado nada, solo sus rasgos más pronunciados. Me fijo en sus manos, las tiene grandes,

fuertes, muy cuidadas y suaves. Y no puedo evitar tocarlas.

—¿Sabes?, esto es acoso —me retiro en seguida por el susto que me ha dado y me tapo la cara con las manos por la vergüenza. Él se arrima y me retira las manos de la cara.

—Pero bueno, ¿por qué te avergüenzas?

—Porque sí. Sabias que te estaba mirando y no has dicho nada.

—¿Por qué iba a hacerlo?, me ha gustado tu forma de mirarme.

—Si estás cansado no me importa quedarme.

—No, solo disfrutaba del silencio, pero me encantaría pasear contigo por aquí.

Nos levantamos y nos cogemos de la mano. Paseamos por todo el lago y vemos que hay un pequeño pueblo con tiendas muy bonitas.

Comemos en un bar y después seguimos paseando. Hemos llamado a Rubén y ellos ya están en la casa. Les hemos dicho donde estamos y que llevaremos algo para cenar. Al pasar por un comercio donde venden bocadillos de todas clases nos ha apetecido mucho uno.

De vuelta a casa compartimos momentos de nuestra niñez y ha sido divertido.

Cuando llegamos a casa, las niñas han preparado todo para comer y sus padres están preparando la chimenea. Sus madres están jugando a las cartas.

Nos ponemos a cenar todos en el suelo y pasamos una velada muy buena. Después salimos al porche y vemos que hay mucha gente haciendo lo mismo. Mientras los niños juegan, los padres vigilan, y cuando los chicos se van a dar un paseo nosotras nos sentamos en el balancín.

—Bueno, cuenta, ¿cómo es estar con Paco? —me pregunta Vivian.

—La verdad es que es muy bueno conmigo y me encanta.

—Yo también, cuando empecé a salir con Rubén era muy buen y cariñoso —dice Vivian.

—Pero yo os veo muy enamorados.

—Sí, seguimos en esa fase. No recuerdo haberme enfadado todavía con él —dice Vivian.

—Pues mejor, porque yo a veces le mataría, sigue comportándose como un niño —dice Carla, y las tres nos reímos.

—¿Cuánto hace que os conocéis todos? —les digo a las dos y se quedan pensando un rato.

—Pues yo conocía a Rubén y a Mateo de siempre, luego conocí a Paco cuando empezó con ellos en baloncesto. Después conocí a Carla —dice Vivian

—Sí, me acuerdo. Fuiste muy buena conmigo y nos hicimos amigas enseguida —dice Carla.

—Sí, me acuerdo que Mateo nada más verte se enamoró de ti —Dice Vivian.

—¡Pero si solo me incordiaba! —dice Carla

—Es que no sabía ligar y siempre me preguntaba cosas de ti —dice Vivian.

—Sí, al principio todos éramos amigos, aunque discutiéramos —dice Carla.

—¿Y Paco por esa época no salía con nadie?

—No, sabía que tenía a Blanca siempre rondando, pero nunca hablamos con ella —dice Vivian.

—Sí, me acuerdo que quedábamos para salir y siempre venía ella, pero luego se iba —dice Carla.

—Yo creo que venía para saber con quién salía, le vigilaba mucho —las dos asienten.

—Pero yo no recuerdo verte por allí, ni en los entrenamientos, ni en los partidos, ni en ningún sitio —dice Vivian.

—En esa época no salía mucho por esos ambientes, yo era más de estar en

casa o pasear.

—Nos hubiera gustado conocerte antes, ¿verdad, Carla? Lo hemos hablado mucho —dice Vivian.

—Sí, es verdad. Ahora tú también tendrías una pequeña como nosotras y seríamos muy amigas, aunque ahora también lo somos —dice Carla, y nos reímos.

—Sí, me hubiera gustado conoceros antes, pero bueno, ahora está bien también.

Nos reímos y contemplamos a las niñas. Como ya se está haciendo tarde llamamos a las niñas y nos preparamos para dormir. Los chicos no han llegado todavía, pero por lo visto mandaron un mensaje diciendo que ya venían.

Yo me siento porque estoy cansada, y cuando llevo ya un rato dormida alguien me despierta.

—¿Podemos dormir contigo y nos cuentas una historia? —me dice Claudia y veo que Nery está a su lado. Las animo a subir y las cuento un cuento.

Cae casi al final de la historia y me acurruco con ella. Estoy en medio de las dos. Miro el reloj y veo que son cerca de la una y me preocupa Paco, así que le mando un mensaje y me responde enseguida diciendo que ya están en el porche.

Se oye ruidos y al rato veo a Paco entrando en la habitación.

—Lo siento, nos hemos liado un poco —me dice quitándose la ropa.

—Anda, ¿por qué no duermes en la habitación de las niñas?

—Sí, será lo mejor —se acerca a mí y me besa con cuidado. Huele a cerveza y sé que está borracho—. ¿Sabes?, eres la persona que más quiero en el mundo, que lo sepas —Yo me quedo pasmada y no sé qué decir, él se va y cierra la puerta.

Como no sé qué pensar me quedo dormida enseguida y sueño con el día en que nos quedamos encerrados y en cómo me cuidó.

Por la mañana temprano, las niñas se han levantado y al ir al salón veo que están viendo la televisión en el sofá. Al preparar mi desayuno y querer sentarme en el sofá veo que Paco está tumbado en él y las niñas están en un lado. Al fijarme mejor veo que las niñas le han pintado la cara y le han hecho calentitas, no puedo aguantar la risa y las niñas se ríen conmigo.

Desayunamos sin hacer ruido, y al rato se levantan Vivian y Carla y se sientan en la mesa. Vamos hacia allá y desayunamos sin hacer mucho ruido. Como vemos que los chicos no se despiertan, nos vamos todas a dar un paseo en las barcas. Pasamos gran parte de la mañana en la barca, y de vez en cuando los chicos nos envían mensajes a una o a otra. Vivian y Carla están muy enfadadas, era una escapada familiar y ellos han preferido salir de copas.

Yo, en cambio, no estoy enfadada con Paco. Se lo he dicho en algún mensaje. Aunque no me tenga que dar explicaciones, pero me hubiera gustado estar aquí con él.

Cuando ya se acerca la hora de comer, volvemos a la casa y allí está la mesa puesta con comida muy rica y variada.

—¡Sorpresa! Para muestras queridas esposas —dicen a la vez Rubén y Mateo.

Vivian y Carla no pueden ocultar su sonrisa, y la verdad, se lo han currado. Está todo muy bonito.

—¡Pero bueno, qué bien organizado todo —dice Vivian.

—Lo siento mucho, de verdad —dice Rubén, acercándose a ella.

—Yo también lo siento mucho. Con una y otra cosa perdimos la cabeza, lo siento —dice Mateo.

—Es que no lo entiendo, tenemos un fin de semana y hacéis lo de siempre —dice Carla.

—Carla, te lo recompensaré, lo prometo —dice Mateo.

—Más os vale —dicen las dos a la vez.

Los cuatro se van a por algo a la cocina y veo que las niñas están viendo la televisión, así que aprovecho para cambiarme. Al entrar veo a Paco tumbado en la cama con un paño en la frente.

—Hola, ¿estás bien? —me acerco y me tumbo con él.

—Sí, es solo la cabeza, siempre me pasa cuando me paso bebiendo —dice Paco, mirándome

Nos miramos un rato y me río. No puedo evitarlo al verle.

—¿De qué te ríes? —me mira, serio.

—¿No has salido de la habitación en toda la mañana?

—No, cuando me he despertado estaba solo y me he tumbado en la cama. Me encontraba fatal. Rubén y Mateo me han llamado por teléfono, no los he visto.

—Verás como te puedes levantar —él asiente y lo ayudo para ir al baño, le giro para que se mire en el espejo y al verse se ríe.

—Estas pequeñas siempre me lo hacen y es que no me entero, de verdad —nos reímos y él empieza a quitarse las coletas. Yo cojo una toallita y empiezo a quitarle el maquillaje.

Nos estamos mirando todo el rato mientras le limpio la cara, y sin preguntarme Paco me alza y me sienta en el mueble del lavabo. Él se acerca más a mí y no podemos evitar besarnos.

Ya no son besos tímidos, ahora son más serios. Y cuando él quiere más alguien llama a la puerta.

—Perdonad, ¿pero venís a comer? —es Rubén quien nos avisa.

—Sí, ya vamos —dice Paco, algo molesto.

Me ayuda a bajar del lavabo y le vuelvo a mirar. Está todo limpio, nos miramos y con un beso fugaz nos dirigimos al salón donde están todos sentados.

La comida es riquísima y el ambiente está bien. Parece que todos han hecho

las paces.

Durante la comida, como Paco se ha sentado a mi lado, no hemos parado de tocarnos todo el rato. Encima de la mesa y con las manos unidas no paramos de mirarnos. Parecemos dos adolescentes y aunque para él sé que no es la primera vez, para mí sí. Estoy en las nubes. Esta sensación es muy diferente a lo que pensaba de estar enamorado de alguien. Es aún mejor.

Hemos decidido salir después de comer para que las niñas puedan dormir durante el trayecto a casa, y la verdad, así podemos descansar los demás. En la furgoneta, las niñas se sientan a mi lado y Paco se ofrece a conducir, así los padres también pueden descansar.

El viaje se hace cortísimo y cuando llegamos las niñas siguen dormidas. Todos suben arriba menos Paco y yo, que nos ofrecemos a devolver la furgoneta. No está muy lejos, así que podemos volver andando.

—Bueno, ¿qué tal te lo has pasado? —me dice Paco cuando vamos de vuelta cogidos de la mano.

—La verdad que muy bien, son encantadores todos. No me extraña que os llevéis tan bien.

—Me alegro, son buena gente.

—Nunca les había visto cuando ibais al colegio. Me han contado cómo os conocisteis.

—Sí, éramos una buena pandilla, hubieras encajado perfectamente. A ellas les encantaba leer también, pero luego empezaron a interesarse por otras cosas.

—Rubén y Mateo —digo, y nos reímos.

—Bueno, sé que solo llevamos unas semanas saliendo, pero quería preguntarte si quieres seguir con esto que tenemos. Bueno, me preguntaba, ¿quieres hacerlo oficial?

—¿Sabes?, no sé cómo va esto, pero sí me encantaría seguir con esto que

tenemos.

Y sin esperarlo, Paco me coge en brazos y me besa. Yo no puedo evitarlo y enrolló las piernas en su cintura. Aunque llevamos los abrigos se está muy bien así, y como apenas hay gente no me da apuro.

Llegamos a casa empapados porque ha empezado a llover, nos cambiamos y cenamos todos juntos. Nos vamos pronto a la cama porque mañana empezamos con las clases. Esta noche es Paco quien duerme en mi cama.

Estamos ya en Navidades y las clases están a flor de piel, por el final de semestre.

Entre los exámenes, el trabajo y quedarnos con las niñas no tenemos tiempo para pasarlo juntos. Y cuando llega la noche, nos acurrucamos en la cama y caemos rendidos. Además, muchas noches él tiene turno en el bar y ni siquiera pasa para no despertarme. Así que estamos deseando que nos den las vacaciones de Navidad.

Las niñas están muy emocionadas porque han conocido a alguien a quien le gusta la Navidad tanto como a ellas.

Las he llevado a todos los sitios donde hacen cosas especiales de Navidad, y les he prometido llevarlas a mi casa para que vean lo bonito que es allí la Navidad.

Ya estamos de camino a mi casa con las niñas. Vamos en tren. Paco tenía turno en el trabajo y vendrá más tarde.

Mi madre está muy contenta de conocerlas, y mis abuelos también. Se han quedado alucinadas con todos los árboles de Navidad. Por la tarde vamos a ir a ver la iluminación. Sus padres llaman cada rato, es la primera vez que pasan un fin de semana separados y están preocupados, pero ellas están encantadas.

Pasamos una tarde muy divertida, y la verdad, están que no paran. Al llegar la noche caen rendidas, y yo también.

Al despertarme, oigo ruidos en la cocina y nada más bajar veo a Paco. Voy

corriendo hasta él y le abrazo por atrás. Le he echado mucho de menos.

—¿Cómo estás? Buenos días —me dice girándose y dándome un beso en los labios.

—Te he echado mucho de menos —le digo mirándole a los ojos.

—Mira lo que nos han traído, Emma —me dice Nery y me enseña unas muñecas con sus accesorios.

—A mí también —me dice Claudia enseñándome la suya.

—¡Qué bonitas son! Sí queréis, vestiros y nos vamos al parque, porque mi madre vendrá pronto y tiene que descansar, y Paco también.

Se van corriendo y nos quedamos solos. No podemos esperar más para besarnos con pasión. Nos quedamos en la cocina, me sube en brazos y yo le envuelvo con las piernas.

Cuando ya no podemos respirar nos miramos y nos reímos.

—¿Te he dicho que te he echado de menos?

—Y yo a ti —me dice Paco acariciándome la cara —¿sabes?, estoy cansadísimo, pero quería verte.

—Yo también, pero no vuelvas a hacerlo. Quiero tenerte a mi lado siempre.

—Vale —me vuelve a besar—. Me voy a dar una ducha y me echo un rato.

Le acompaño a su habitación. Mientras él se ducha yo ayudo a las niñas a prepararse y también me preparo yo.

Nos vamos al parque y allí pasamos la mañana. También las llevo a la calle principal y están encantadas. Sobre la hora de comer llegamos a casa. Mi madre y Paco están preparando la comida. Al entrar, las niñas saltan sobre Paco, besan a mi madre y después van a ver la tele.

Mi madre se retira, dice que se va con las niñas y nos quedamos solos. Sin decir nada nos vamos a mi habitación y nada más cerrar la puerta nos besamos, y sin más nos tumbamos en la cama. No hemos pasado de aquí en los meses que llevamos juntos, pero hoy parece más desesperado todo. Le noto

nervioso.

—¿Estás bien? —le digo mirándole.

—Tengo que decirte algo, se lo he dicho a tu madre y me ha recomendado que no pase de hoy sin decírtelo —nos sentamos en la cama y él me coge de las manos y me mira.

—Me estás asustando, ¿qué pasa?

—Mira, desde que empezamos no te lo he dicho, pero te quiero, nunca he sentido esto por nadie y me alegra que seas tú la primera.

—La verdad que sí me lo has dicho.

—¿El qué?

—Que me querías.

—¿Cuándo?

—Cuando fuimos a la cabaña todos juntos, estabas borracho. No sé si cuenta.

—Pues que cuente, así te lo he dicho dos veces, y de una me acuerdo —nos reímos y nos besamos—. Verás, ayer por la noche, cuando terminaba mi turno se presentó Blanca y empezamos a discutir. Entonces ella empezó a tocarme y se abalanzó sobre mí y me besó. Enseguida me he separado y le he dicho que no quiero volver a verla y me he marchado. Después me ha llamado mi compañero y me ha dicho que Blanca ha empezado a decir que yo soy el padre del niño que espera.

Nos quedamos mirándonos, le doy un abrazo y después le beso.

—¿Sabes? Al volver será muy duro: nos criticarán y no quiero que digan nada malo de ti.

—¿Y qué vamos a hacer?

—He pensado que sería mejor que no nos vieran juntos hasta aclarar las cosas, no quiero hacerte daño y no quiero que Blanca te diga nada.

—¿Sabes?, te quiero desde siempre y ahora que te tengo no pienso

separarme de ti. Pasaremos por esto juntos —y volvemos a besarnos, pero no pasamos a más por mucho que los dos queramos—. Gracias por decírmelo, no me hubiera gustado enterarme por otra persona.

—Quiero que seamos sinceros —nos volvemos a besar y bajamos con los demás.

—¿Todo bien? —nos dice mi madre, y al vernos sonreír ella también sonríe.

Quedamos para merendar con los padres de Paco, así pueden conocerse oficialmente, y la verdad, se caen fenomenal y pasamos una tarde muy entretenida.

Las niñas se portan muy bien y cuando llegamos a casa no tienen ganas ni de cenar y se van pronto a la cama. También mi madre. Y nosotros, aunque estamos en la cama, solo tenemos ganas de besarnos, tocarnos y hablar.

—¿Sabes?, a ti también te he traído un regalo.

—¡Pero si solo queda una semana para Navidad!, no tenías por qué.

—Claro que sí, eres la persona más importante en mi vida —me entrega un paquete pequeño.

Lo abro y lo miro. Es un colgante en forma de libro. Me encanta. Miro el colgante, le miro a él, nos reímos y besamos. Después le digo que me lo ponga. No puedo dejar de mirarlo, está junto al anillo de mi padre. Me gusta tener a los dos cerca del corazón.

—Muchas gracias, me encanta —nos miramos y volvemos a besarnos, pero tenemos que parar porque llaman a la puerta: son las niñas.

—¿Qué os pasa, pequeñas? —les pregunta Paco, cuando ya están con nosotros en la cama.

—Que no podemos dormir y queríamos un cuento —dice Nery.

—Sí, y queríamos este cuento —dice Claudia, y nos da un cuento. Al verlo, veo que es uno de los míos de cuando era pequeña, mi madre se lo habrá dado.

—Pues vamos a empezar —les digo. Cuando ya estamos todos colocados y cómodos, las niñas se ponen en medio de los dos.

El cuento es de un conejo que ha nacido sin orejas y le dan la espalda. Él intenta hacerse unas, pero no lo consigue. Pasan los años, se hace fuerte y se acostumbra a vivir sin orejas. Ha conocido a muchos amigos que lo quieren y le han hecho olvidar los malos momentos de su infancia. La verdad que es bonita y tiene su moraleja.

Al terminar el cuento, veo que los tres se han dormido. Me levanto, cierro la puerta y bajo a la cocina.

—Pero bueno, ¿no puedes dormir? —me dice mi madre mientras toma té.

—No, son las niñas. Querían un cuento y se han quedado fritas.

—Eres un encanto con ellas, y Paco también.

—Son un encanto, la verdad.

—¿Y ese colgante?, ¡qué bonito!

—Me lo acaba de regalar Paco, me ha encantado.

—Ya lo sé. Te conoce muy bien. No dejes que nadie estropee lo que tienes, mi niña, porque es muy bonito y quiere verte siempre así de feliz.

—La verdad es que estoy muy bien con Paco y le quiero como nunca he querido a nadie.

—Me alegro mucho, espero verte así siempre. Disfruta cada día, eso es lo importante, y dile lo mucho que le quieres todos los días.

—Sí, mamá, se lo diré todos los días —nos reímos, y mientras terminamos nuestras infusiones hablamos de mi padre, de cómo se conocieron en la universidad y cómo llegaron, de ser amigos, a casarse y tenerme a mí.

Cuando ya nos vence el sueño nos despedimos y vuelvo a la cama con los tres. Me duermo enseguida acurrucada entre las niñas.

Ya estamos recogiendo para volver a casa. Las niñas, aunque están tristes, echan de menos a sus padres. Les llamamos esta mañana temprano y les

comunicamos que estaremos en casa sobre la una para comer.

Nos despedimos de mi madre y quedamos para venir en las fiestas. Comenzamos el viaje tranquilos porque les pusimos una película. Al final me he sentado con ella detrás y la estamos viendo juntas. Paramos dos veces para que las niñas vayan al baño y estirar las piernas. Llegamos enseguida, justo para comer.

Las niñas salen corriendo para abrazar a sus padres, y ellos tan encantados; les han echado mucho de menos y se les nota.

Nos preguntan sobre su comportamiento y todo lo que hemos hecho y visto. Durante la comida hablamos de todo ello.

Cuando terminamos, me retiro a descansar, le doy a Paco un beso y me voy a mi cuarto. Antes me dan todos las gracias.

Me cambio en el baño y al salir veo a Paco en mi cuarto tumbado en mi cama.

—¿Te importa si me quedo contigo?

—Por supuesto que no.

Me tumbo a su lado y él se retira un poco. Nos miramos, nos besamos y sin hablar nos quedamos dormidos.

Al despertarme, me encuentro sola y veo una nota a mi lado: es Paco. Dice que le han llamado porque un compañero se ha puesto malo y hoy están llenos.

Aprovecho para estudiar un rato y luego para leer mi libro, que lo tengo abandonado. Después, como la casa está vacía, aprovecho para tumbarme en el sofá.

Llaman a la puerta y me quedo de piedra al ver a Blanca allí vestida para ir de fiesta. Está preciosa.

—Paco no está —le digo, porque sé que le busca a él.

—Ya lo sé. Venía para decirte que no te lo mereces y haré todo lo necesario para conseguirle. No dudes que te dejaré, así que te sugiero que lo dejes tú

antes.

—Mira, no tengo por qué escucharte, pero te aseguro que tú eres la que no se lo merece. Sigues y seguirás siendo una persona horrible, y Paco es una bellísima persona que te ha consentido mucho. Si no te importa, lárgate y olvídate.

—Te vas a arrepentir. Si no es mío no será de nadie.

Cierro la puerta y esas últimas palabras me asustan mucho. Me voy a mi habitación. Siento una angustia dentro de mí y no puedo evitar llorar.

Al cabo de una hora o dos las niñas vienen con sus padres. Les oigo, pero no quiero que me vean así. Por eso, cuando me llaman para comer les digo que ya he comido, que no tengo mucha hambre.

La tarde pasa volando y recibo un mensaje de Paco diciendo que ya viene de camino. No contesto y me tapo con la manta.

Cuando siento que alguien se tumba conmigo sé que es Paco. Se acaba de duchar y huele genial, pero me hago la dormida. Me abraza y siento que me besa la cabeza.

Cuando al cabo de un rato me desarropo, veo que me está mirando y se queda con cara de pocos amigos cuando me ve.

—Sé que ha estado aquí. Dime que te ha dicho, por favor —me toca la cara con su mano.

—Solo me dijo que te dejara.

—Por favor, olvida todo lo que te ha dicho. Es muy mala persona y solo quiere hacernos daño.

—Ya lo sé, esto va a ser complicado. Yo solo quiero estar contigo, ¿tan complicado va a ser?

—No, te lo prometo. Haré todo lo que sea necesario para que ella lo entienda de una vez. Te quiero —me besa y nos abrazamos.

—Yo también te quiero.

Salimos a dar un paseo para despejarnos, y la verdad, nos viene muy bien. Estamos paseando por la calle principal y hay gente, aunque no mucha porque hace frío. Cuando vamos a cruzar, un coche pasa súper rápido, pero a la vez como en cámara lenta. Hace un segundo estábamos cogidos de la mano y riéndonos, y al instante me veo tirada en el suelo porque Paco me ha empujado. Él se ha llevado el mayor golpe. Le veo en el suelo a poca distancia de mí lleno de sangre. Me acerco a él despacio porque me duele todo, y mientras me acerco solo puedo pensar en que estará bien.

Veo a la gente que se acerca y nos miran. Pero la verdad no me importa. Cuando llego a su lado le veo muy mal, le toco la cara y veo que se mueve.

—Paco, por favor, mírame. Ya están de camino, por favor.

—¿Estás bien?, ¿te has hecho daño?

—No te preocupes por mí, tú tranquilo, que ya vienen a ayudarnos —me acerco a él y le beso en los labios.

—Te quiero, ¿me oyes? —me dice sin apartar la mirada de mí.

Ya oigo a la policía y a la ambulancia. No puedo apartar la mirada ni un minuto, pero cuando llegan los sanitarios tengo que hacerlo.

—Señorita, déjenos atenderla.

—No, primero a él, por favor.

El sanitario nos mira y enseguida le atiende a él. Cuando llega su compañero, atienden a Paco y lo meten enseguida en la ambulancia. El sanitario me hace unas curas y voy con ellos en la misma ambulancia. Llegamos enseguida y meten a Paco rápidamente a quirófano. A mí me llevan a urgencias y me hacen toda clases de pruebas. A todos les pregunto por Paco, pero ninguno sabe qué está pasando. Simplemente me dicen que esté tranquila, que le están operando.

Cuando ya estoy esperando mis resultados, llamo a sus padres, a mi madre y a todos: me dicen que llegarán lo antes posible.

El doctor me dice que solo tengo contusiones y que estoy bien. Gracias a él me entero de que Paco ha salido de quirófano, pero sigue grave y hay que esperar. Mientras espero en la sala, unos policías me hacen preguntas sobre lo ocurrido. Hay muchos testigos que afirman que ese coche iba directo a nosotros.

Durante la espera me toman declaración y me entero de que el conductor ha sido detenido.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Blanca Ajara? —me dice el policía.

—Sí, es una compañera de clase y amiga de Paco.

—Pues lo siento mucho, pero fue ella la que os atropelló. Está en comisaria tomando declaración. Una patrulla la encontró y con la descripción de los testigos sabemos que fue ella.

—No me lo puedo creer, ella quería mucho a Paco, no creo que quisiera hacerle daño. A no ser que fuera a mí. Dios mío, era a mí.

Me pongo a llorar por la situación y de repente veo a Matías, Rubén, Carla y Vivian que vienen corriendo hacia mí.

Les cuento todo, y también el policía les cuenta lo sucedido. Se quedan pasmados por todo, todos me animan y me dicen que Paco es muy fuerte, y eso espero yo también.

Al cabo de una hora los padres de Paco llegan y todos me ayudan a contarles lo sucedido. Luego viene mi madre y hacemos lo mismo, y gracias a ella podemos saber cómo está Paco porque conoce al jefe de urgencias.

Nos dicen que sus padres pueden pasar y esperamos con impaciencia su salida.

Cuando salen están rotos y eso me pone muy nerviosa.

Nos cuenta que aunque han podido cortar la hemorragia todavía esta grave. Fue un fuerte golpe y creen que le quedarán secuelas en la vista y en las piernas.

Mi madre nos dice que siempre se ponen en lo peor, que intentemos ser positivos. Mi madre les explica algunas cosas médicas que no hemos entendido bien y me dicen que será mejor que nos vayamos, que aquí no hacemos nada.

Todos nos vamos y los padres de Paco se llevan a mi madre a su hotel. Les ofrecimos nuestra casa, pero el hotel está más cerca del hospital.

Todos me animan e intentan que no me hunda, pero es muy complicado cuando una persona a la que quieres tanto está tan grave.

Las niñas me animan, me cuentan y me enseñan cosas de Paco. Eso me anima mucho. Me enseñan que Paco es una persona encantadora.

Han pasado dos semanas desde el accidente, ya he pasado las Navidades más tristes de mi vida. Todos hemos estado juntos, ninguno quería irse y solo las niñas han conseguido sacarnos unas sonrisas.

Todos estamos ayudando a los padres de Paco y muchos amigos de Paco se interesan por su estado. Todos dicen lo mismo: que es un chico fuerte y saldrá adelante.

Después de clase y de trabajar me paso por el hospital y allí estoy todo el tiempo. Le han trasladado a una habitación. Siempre le cuento todo lo que nos pasa a todos. Las niñas le han traído muchos dibujos y sus padres se han trasladado a un apartamento cerca del hospital.

Los médicos nos han dicho que está en coma y que, aunque sus heridas externas se están curando, las internas son las importantes. Por lo visto sus piernas están curándose muy bien. Cada vez que vengo le hago los ejercicios correspondientes, también le afeito y le peino. Los fines de semana me los paso con él, me tumbo y vemos películas. No puedo dejar de mirarle y memorizar cada facción suya.

Han pasado otras dos semanas y mi rutina sigue igual: casa, universidad y

trabajo. Me dicen que salga un rato y me distraiga, pero no me apetece. Solo quiero estar con él.

Hoy es sábado, he cogido su música y le he puesto un casco y otro a mí. Las lágrimas salen de mis ojos, ¿cómo es posible esto? Con lo bien que estábamos, empezando algo tan bonito. Acaricio mis colgantes y pienso en ellos.

Blanca es una persona horrible y espero que lo pague. No he querido preguntar qué ha pasado con ella pero espero... De repente siento como el cuerpo de Paco se mueve, y al levantar la vista veo que tiene los ojos abiertos y me mira.

—Paco, ¿estás despierto? —le abrazo y sin que él me conteste llamo a las enfermeras. Él solo me mira, y cuando me dicen que salga de la habitación llamo a sus padres, a mi madre y luego a los demás.

Sus padres llegan enseguida, incluso antes de que el médico salga de la habitación. Cuando llegan nos abrazamos y les explico cómo ha sido, pero no cuento más porque el doctor sale.

—¿Cómo está, doctor? —les pregunta sus padres.

—Le voy a hacer muchas pruebas. Parece que está bien, pero le he preguntado por muchas cosas y no se acuerda. Suele pasar que pierdan la memoria, ya lo iremos viendo.

—¿Qué dice?, ¿que no se acuerda de nosotros? —dice Adela, muy preocupada.

—Pasemos y comprobemos —dice el doctor, y pasamos los tres a la habitación.

Al verle no podemos evitar llorar. Él nos mira, pero no dice nada.

—¿Sabes quiénes son, Paco?

—Creo que son mis padres —se acercan y se abrazan. Él está llorando y cuando se separan me mira.

—¿Sabes quién soy? —le digo.

—No lo sé —y se me parte el corazón.

—Ella es...

—No pasa nada, dejadle, estará cansado. ¿podemos salir fuera? —les digo a sus padres, y el doctor también sale con nosotros.

—Emma, no te preocupes. Te recordará —los dos me dicen lo mismo y yo les miro.

—Por ahora no les digan quien soy. Solo una amiga, no quiero que se agobie, por favor.

—Como tú quieras, pero no es justo, ni para ti ni para él —dice su padre.

—Mira, no quiero meterme, pero es mejor, no sé, a veces es mejor recordar por uno mismo —dice el doctor.

—Recojo mis cosas y me voy. Llamaré mañana.

—Como tú quieras, ya sabes que eres bienvenida siempre —me dice Adela.

Vuelvo a entrar en la habitación, las enfermeras ya le han quitado todos los tubos que tenía y parece menos asustado. Cuando entro me mira, pero no me dice nada.

Yo recojo mis cosas y veo que sigue mirándome.

—Yo me voy, me alegra que hayas despertado. Mira, te dejo tu música por si te hace recordar, pasa buena noche, Paco.

—No sé quién eres, pero gracias, ¿cuál es tu nombre? —mi alma se vuelve a romper.

—Soy Emma, buenas noches —le digo, y me voy corriendo sin mirarle más. Al llegar a la calle respiro hondo, y como está lloviendo no se nota que estoy llorando. Voy a la parada de metro para llegar a casa más rápido.

Cuando llego no hay nadie en casa y aprovecho para darme una ducha. Después voy directa a la cama y no dejo de pensar en las palabras que Paco

me ha dicho.

Cómo te llamas... no me recuerda nada. Me asusto al pensar que no volverá a mí, a todo lo que hemos pasado y sentido. Me entristece pensar que si tenemos que empezar de nuevo nuestra complicidad no sea igual.

La semana pasa rápido y decido irme con mi madre el fin de semana. Adela me llama todos los días contándome como va Paco. El médico hoy le ha dado el alta a Paco y estará con ellos unos días para que se relaje, ya va recordando poco a poco. También Vivian y Carla me han llamado porque fueron a ver a Paco justo cuando me iba. Me dicen que le ven bien y que se ha acordado de las niñas. También de Rubén y Mateo. Tiene lapsus, pero empieza a recordar. Cuando las niñas me mencionan delante de él, él me recuerda de la habitación. Le pregunta a las niñas quién soy, pero las niñas solo le dicen que somos amigos y que nos llevamos bien. Les dijimos que guardaran el secreto de que somos novios y no han dicho nada.

De momento no quiero estar cerca de él porque no aguantaría sin abrazarle, besarle e incluso cogerle de la mano. Sería muy doloroso y no quiero que me vea así. Quiero que se recupere, eso es lo más importante.

El sábado por la mañana me voy a dar una vuelta por la ciudad, y como hace muy buen día, me siento en el parque cerca del mirador del lago y leo un libro tranquilamente. Se oyen los pájaros, niños jugando, gente hablando y riéndose, pero yo estoy metida en mi lectura.

De repente una sombra me tapa, y al levantar la vista veo a Paco mirándome. Veo que se agacha a mi altura y nos miramos a los ojos.

—Sabía que eras tú, te he visto y he recordado algo. Recuerdo esta imagen: tú con un libro.

—¿Estás solo?, ¿te has perdido? —miro por todos lados, me levanto y él también lo hace. Nos quedamos mirándonos un rato.

—No, mis padres me han activado una aplicación para poder volver si no

me acordaba, pero recuerdo cada lugar y estoy recordando muchas cosas ahora cuando te he visto.

—Sí, ya me lo has dicho —sé que he sido borde, pero estoy temblando y muy nerviosa estando con él, como cuando apenas nos conocíamos.

—Bueno solo quería saludarte, perdona.

—No, perdona tú, no te esperaba. Adela me dijo que os marchabais fuera.

—¿Hablas con mi madre? —me mira extrañado—. No quiero moverme mucho, me da dolor de cabeza. Estoy recordando cosas y parece que eso me agota más. Además, sigo haciendo los ejercicios.

—Bueno, me ha alegrado verte y que estés mejor, de verdad —recojo mis cosas y me encamino a irme cuando Paco me coge de la mano.

Me giro y nos quedamos mirándonos. De repente se oye un trueno, me encojo y sin pensármelo abrazo a Paco muy fuerte y siento como él me abraza también. Empieza a llover. Al separarnos y mirarnos nos reímos y empezamos a correr hasta un lugar para cobijarnos de la lluvia. Hay tanta gente que tenemos que arrimarnos y volvemos a abrazarnos. Al cabo de un rato se oye su móvil con su canción favorita, y al cogerlo oigo que es su madre.

—No, estoy bien, con Emma, me la he encontrado en el parque. Espera, se lo pregunto. Dice mi madre que si quieres ir a casa a almorzar.

—Vale, pero un rato, he quedado para comer.

—Dice que sí. Cuando deje de llover tanto. Te quiero.

No me creo que le hable así a su madre, me río porque antes se sentía muy agobiado. Se queda mirándome y aparto la mirada enseguida.

—¿Por qué te ríes? —me dice muy serio, le miro y sé que no puedo contarle nada.

—Solo pensaba en algo, perdona, mira, parece que escampa. ¿Nos vamos para tu casa?

—Sí, pero yo guio —le miro y vamos caminando despacio hacia su casa.

Se acuerda perfectamente. Cuando llegamos, su madre me abraza muy fuerte. Su padre está trabajando, tiene trabajo atrasado, me cuenta Adela.

Nos prepara unos aperitivos con refrescos. Puedo ver que Paco y ella tienen más complicidad, y eso me alegra. Su madre me pregunta por la mía y por cómo lo llevo. Es complicado que me pregunte eso cuando el motivo de mi angustia está sentado a mi lado.

Llaman por teléfono y Adela se va, dejándonos a solas. Estamos en silencio, comiendo y bebiendo.

—¿Has estado en esta casa antes?

—Sí, un par de veces.

—Entonces eres mi amiga, eso me han dicho.

—Sí, somos amigos —me entristece verle así, preguntando.

—Perdona por no recordarte, Emma, mi madre me ha hecho esto para recordar a todos.

Me enseña en su móvil un video con fotos de todos sus conocidos. Me enseña una con nosotros dos solos y otras con las niñas. No puedo controlar que mis ojos se empañen.

—¿Sabes?, hay muchas fotos de nosotros. Me han dicho que compartimos casa en la universidad y las niñas me cuentan muchas cosas de ti.

—Son un encanto, ¿a que sí?

—Sí, me han contado muchas cosas, pero no sé si creerlas, porque creo que se burlan —nos reímos.

—A ver, ¿qué crees que es mentira?

—Pues me han dicho que soy muy bueno, amable y simpático con todo el mundo.

—Eso es todo cierto, ¿que más?

—Que soy muy guapo y que por eso mi corazón tiene a su princesa.

—¿En serio te han dicho eso?

—Sí, estábamos leyendo un cuento y me comparaban con el príncipe.

—Esas niñas están enamoradas de ti —nos reímos y él no deja de mirarme.

—¿Pero tienen razón, tengo novia o alguien que me gustara? Tú eres mi amiga, dímelo.

Gracias a Dios me llaman por teléfono y me disculpo. Es Carlos, hemos quedado para comer y me dice que llegará tarde porque hay mucho tráfico por la lluvia. Al volver a la mesa Paco me mira.

—¿Era tu cita?

—Sí, llegará tarde por el tráfico.

—Entonces te quedarás un rato más conmigo.

—Sí —nos miramos y se levanta—. Ven, quiero preguntarte algo —me coge de la mano, me lleva a su habitación y me da un libro. Al mirarlo me acuerdo cuando lo olvidé.

—Es tuyo, ¿verdad? Ayer estaba mirando mis cosas y al verlo me vinieron como flashes y supe que era tuyo. Hoy, al verte, me acordaba de ti, desde pequeña con un libro, siempre la misma imagen, pero ibas creciendo. Te parece raro, ¿verdad?

—No, para nada. Este libro es muy importante para mí, hacía meses que lo buscaba.

—¿Por qué está en mi habitación? —se acerca a mí, yo tiemblo y él lo nota—. ¿Por qué tiembles cuando estoy cerca?

—Será mejor que me vaya. Nos vemos, ¿vale? —de repente se planta en medio de la puerta y no me deja salir.

—Por favor, dime por qué me siento tan extraño cuando miro nuestras fotos, cuando te vi en el parque o cuando me desperté y te vi a mi lado en la cama del hospital, por favor.

—Creo... —y sin poder decir más se arrima a mí y me besa como estaba deseando que lo hiciera desde el día en que despertó.

Se separa de mí, me toca la cara y vuelve a besarme. Pero al separarnos me mira, y ahora es una mirada diferente.

—¿Cómo he podido olvidarte, Libro? —vuelve a besarme y nos abrazamos.

—Tenías que recordarlo por ti mismo. Necesitaba que volvieras a ser tú.

—¿Sabes?, cuando me desperté y escuché una canción todo volvió a mí, no sé si me explico. Cuando te vi a mi lado supe que debías de ser muy importante para mí porque mi corazón latió muy fuerte cuando me miraste en ese primer momento —nos miramos y sonreímos—. Y cuando estabas recogiendo tus cosas para irte en el hospital, te vi preciosa y deseé volver a verte otra vez. Preguntaba por ti y todos me decían que eras amiga y que estabas ocupada, pero las niñas sutilmente me decían que tú eras especial para mí, que te diera tiempo. Tú eres mi princesa, ¿verdad?

—Claudia y Nery van a ser unas rompecorazones, han estado muy preocupadas por ti.

—Sí, me lo han dicho. Vamos a ir a cenar mañana. ¿Quieres venir?. Y les contamos que te recuerdo.

—No puedo, he quedado con mi madre.

—Bueno, pues otro día. ¿Sabes?, cuando no sabía quién eras miré en los libros del colegio y al encontrarte recordé fragmentos de ti, mirándome mal —nos reímos.

—Recordaste las cosas malas.

—Sí, pero luego me venían imágenes en el piso y no sabía cómo relacionar el pasado y el presente, y pregunté a Clara y a los demás.

—¿Y qué te dijeron?

—Que a veces solo tenemos que esperar para darnos cuenta que la persona que pensamos que nunca encajaría con nosotros, es la persona perfecta para ti —coge el colgante que él me regalo y me sonrío.

—Deseaba tanto que me recordaras.

—Pues lo recuerdo todo, así que continuemos con nuestra vida juntos.

Juntos es una historia de dos personas que por una tormenta se quedan encerradas, y gracias a esto se conocen más a fondo y descubren que, aunque nunca han tenido relación, a pesar de conocerse desde siempre, tienen más en común de lo que hubieran imaginado.

Y aunque creen que ya no volverán a verse, el destino les tiene guardada una sorpresa. Y ese destino les unirá como jamás pensaron que los uniría.

A veces no te das cuenta que lo que quieres está delante de ti.

Epílogo

Han pasado dos años desde que Paco recobró la memoria. Aunque se acuerda de todo, a veces tiene alguna laguna, pero me encanta recordarle las cosas.

Nos mudamos a un apartamento solo para los dos. La mudanza fue muy divertida con las niñas, se pusieron tristes cuando les dijimos que queríamos mudarnos, pero comprendieron que lo teníamos que hacer. Se apropiaron de una habitación y pasan muchos fines de semana con nosotros.

Durante la mudanza nos echaron indirectas de que deberíamos tener un bebe, así ellas serían sus primas mayores. Lo que me sorprendió es que Paco les seguía la corriente, dio a entender que sí quería formar familia pronto. Nunca hemos hablado de ello. Paco sería un buen padre, tiene mano con los

niños y sí, la verdad que me gustaría.

Yo empecé a trabajar en la biblioteca con Carlos hace un año. Al final no me fui a Londres, aunque Paco quería que me fuera. Él tiene que terminar sus estudios, le queda un año y después quiere trabajar en el restaurante de su padre. Él me ha dicho que prefiere quedarse aquí, que ha encontrado algo mejor. Me puse roja cuando lo dijo, y después me ofreció lo de irnos a vivir juntos. Acepté enseguida.

Mi madre y Adela nos ayudaron a encontrar algo bonito y económico, y la verdad, es precioso. Tiene vistas al lago y está cerca de los dos trabajos.

Cada noche paseamos por el lago y nos contamos cómo ha ido el día. Me encanta sentarme con él en un banco en silencio apoyada en su hombro.

Cuando empezamos a decorar la casa fue un cúmulo de enfados y risas porque, la verdad, no tenemos los mismos gustos, pero hemos llegado a acuerdos.

La verdad que a día de hoy soy muy feliz. Estoy con la persona que quiero y tengo un trabajo que me encanta. Nunca pensé que volvería a ser tan feliz.

Mi madre me dice que en estos años me ve muy bien, que he vuelto a ser yo misma, que mi luz se apagó y ha vuelto a encenderse. Sé que lo dice por Paco, él me ha devuelto esa parte de mí.

—Emma, llevas una hora preparándote. Vamos a llegar tarde —me dice Paco desde el otro lado de la puerta.

—Sí, ya voy —le digo abriendo la puerta, y al verle sonrío y me vuelvo a enamorar de él.

Lleva un traje gris completo con corbata a juego, le sienta genial. Sigue teniendo ese aire chulesco que me encanta y me irrita a la vez

—Estás guapísimo —me acerco y le beso en los labios.

—Gracias, ya lo sabía —dice riéndose y abrazándome—. Tú estás

preciosa con ese vestido.

Mi vestido es azul de gasa sin mangas, hasta la rodilla y tiene encaje en la parte de arriba. El pelo me lo he ondulado y está recogido a un lado con un pasador que me regaló Paco por Navidad.

—¿No dices que llegamos tarde? —me separo de él riéndome, pero él vuelve a acercarme.

—¿Sabes?, nunca me cansaré de besarte y tenerte en mis brazos. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero vamos a llegar tarde.

—¿Sabes?, mis padres pueden esperar, prefiero estar contigo —me coge en brazos, me lleva a la cama y chillo cuando me coge.

—No, vamos, ya estamos listos, le prometí a tu madre que la ayudaría y tenemos que recoger a mi madre —me besa en el cuello mientras hablo y se retira para mirarme.

—No dudes que de esta noche no te escapas —me ayuda a ponerme de pie.

—Ya lo sé, te lo prometo, mejor a la noche —nos reímos y nos besamos. Me coge de la mano y salimos por la puerta, no antes de besarme otra vez.

Subimos al coche y antes de arrancar me mira.

—¿Qué pasa?, me has despeinado, ¿verdad? —se ríe y niega con la cabeza.

—Solo serán cinco minutos, ¿vale? Confía en mí.

—¿Sabes?, eres un cabezón. Haz lo que quieras.

Se ríe y conduce hasta el instituto. Salimos del coche y me coge de la mano.

—¿Pero dónde vamos? Está cerrado, lo sabes, ¿verdad?

—Ya lo sé, Libro, solo confía en mí.

Me lleva adentro y nos dirigimos a la biblioteca. Hace años que no venimos, pero está igual. Me vienen la mente muchos recuerdos y uno en especial, cuando pasé aquí las horas más bonitas de mi vida con él.

—Paco, ¿qué pasa?, dime.

—Solo quiero que te quedes aquí un momento, ¿vale?

Me da un beso en los labios y se separa de mí. Me quedo parada en medio de todos estos libros y de mis recuerdos. De repente se apagan las luces y se enciende unas pequeñas que iluminan unos pasillos.

—Sigue las luces, Libro —me dice Paco, y no puedo dejar de sonreír porque es precioso. De repente suena nuestra canción.

—Paco, es precioso.

Me guio por las luces y recorro media biblioteca pasando la mano por todos los libros. Cuando giro la última librería veo a Paco de rodillas con unas rosas amarillas y una caja pequeña en forma de libro.

—¿Pero qué es esto? —me emociono, me tapo la boca y no puedo dejar de sonreír. Camino hasta él y me arrodillo con él.

—¿Sabes?, en este lugar empezó nuestra historia y creo que es aquí donde debo hacerlo.

—Paco, que... —no puedo hablar. Estoy muy emocionada, solo puedo mirarlo.

—Desde el día que te vi en este lugar supe que eras especial para mí, eres la persona más bonita, buena y encantadora que he conocido en mi vida, y quiero que seas mi esposa. Quiero formar una familia contigo. Cuando perdí la memoria sabía que me faltaba algo, sin saber que eras tú, mi corazón latía a más velocidad cuando te veía.. Siempre has sido tú y quiero hacerlo oficial, Emma, mi Libro, ¿quieres ser mi esposa?

Nos quedamos mirándonos y sonriendo.

—Paco, siempre has sido tú y sí, quiero ser tu esposa —me abalanzo sobre él y le beso.

Después de besarnos, me enseña el anillo que está en una preciosa caja en forma de libro. Dentro está el anillo de oro blanco con una perlita pequeña.

—Es precioso, Paco.

—Tú sí que eres preciosa —nos besamos y nos abrazamos. Me miro la

mano cuando nos ponemos de pie y volvemos a besarnos.

—Lo has hecho genial, me encanta.

—Sabía que este sería el lugar adecuado, y bueno, este es tu lugar favorito.

—Tú eres mi lugar favorito —nos besamos otra vez y nos interrumpen los sonidos de nuestros teléfonos: son nuestros respectivos padres llamándonos.

Por lo visto todos lo sabían y lo tenían bien organizado. Cuando llegamos a la casa de mis futuros suegros están todos en la puerta; mi madre, que está muy emocionada, y las niñas, que están con sus padres... Todos nos dan la enhorabuena y empezamos con la fiesta.

No me gusta que le hayamos quitado el protagonismo a sus padres, es su treinta aniversario, pero están contentos de que su hijo haya dado el paso.

Enseño el anillo a todo el mundo, a las niñas les encanta. Ellas dicen que ya es oficial: soy su tía tal como lo es Paco.

Pasamos el resto de la fiesta riendo, cantando y comiendo. Cuando la fiesta está llegando a su fin, Paco y yo nos retiramos. Estoy deseando estar con él, le quiero tanto.

Quién iba a imaginar que él y yo terminaríamos juntos. Él es mi vida entera y siempre lo querré. Juntos haremos una familia especial.

Unas semanas después...

Mientras caminamos hacia la tienda, Paco se para enfrente del kiosco, me acerco a él y veo que tiene un periódico en las manos, y al verme de cerca me mira.

—Emma, ¿lo sabías? —leo el periódico.

«Blanca Ajara, acusada de atropellar a su ex novio, ha sido declarada culpable y pasará cinco años en la cárcel. Después será ingresada en una institución por tener múltiples antecedentes de acoso a otras personas».

—Madre mía, no sabía nada.

—¿Sabes?, cuando empecé a recordar tuve muchas pesadillas con ella,

pero no sabía quién era. Después la recordé. Fue duro recordar el accidente.

Le abrazo fuerte y él me abraza.

—Pasé mucho miedo, no quería que te pasara nada malo —me dice Paco al oído.

—Me salvaste y casi te pierdo. Fue duro, pero ya pasó, ¿vale?

Nos miramos a la cara y sonreímos. Todavía nos afecta todo lo que pasó, pero estando juntos nos apoyamos.

—Te quiero mucho, mi Libro.

—Yo también te quiero.

—Juntos siempre —y me da un beso de esos que todavía me hacen temblar.

Fin

Biografia



Cristina Guzmán Muñoz, nacida en Madrid

Trabaja en una residencia de ancianos y en su tiempo libre le encanta leer y escribir. Tiene muchas historias que enseñar.

También le encanta el cine y los dibujos manga románticos.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a esta editorial por darme la oportunidad de publicar mi primer libro.

También quiero dar las gracias a mis padres y hermanos que me han apoyado en esta aventura mía.

A mi TOTE, que le dedico este libro. Él siempre está y estará en mi corazón, te quiero.

Mil gracias a mis compañeras de la residencia por su apoyo y entusiasmo.
MUCHAS GRACIAS CHICAS.

Para todas las personas a las que llevo en mi corazón y forman parte de mi vida.

Mil gracias a mis vecinos y amigos, que sin ellos no hubiera podido comenzar esta aventura. Gracias por ayudarme con el susto del ordenador.

Y, sobre todo, a aquellas personas que lean este, mi primer libro. Espero que les emocione como a mí.

